

Voces de mujer



Adriana Davidova y Cristina Yela



VOCES DE MUJER

Adriana Davidova y Cristina Yela



1.ª edición: septiembre, 2013

© 2013 Adriana Davidova y Cristina Yela

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 21.263-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-543-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

INTRODUCCIÓN

LA POSIBILIDAD DE LO SOÑADO

DOS VOCES QUE CONVERGEN

EL ENCUENTRO

LA MEMORIA Y EL OLVIDO

EL OLVIDO Y LA MEMORIA

EL MIEDO Y LA CONFIANZA

LA DESESPERACIÓN Y LA FE

EL ODIO Y EL AMOR

EL AMOR Y EL ODIO

EL DESEO Y LA ENVIDIA

ENTRE TÚ Y YO

LA PÉRDIDA Y LA AMISTAD

LA AMISTAD Y LA PÉRDIDA

Agradecimientos de Adriana Davidova

Agradecimientos de Cristina Yela

INTRODUCCIÓN

La idea de este libro surge del encuentro real y apasionado entre dos mujeres de edad distinta, de dos generaciones con treinta años de diferencia. Partiendo de circunstancias y épocas diferentes, pero unidas por la experiencia del dolor físico, la enfermedad y la proximidad de la muerte, y por la voluntad férrea y la energía y amor incondicional a la vida y al mundo que las rodea, necesarios para convertir la «debilidad» en fuerza y la sensación de lo efímero de la vida en motor para vivir plenamente; con pasión, decisión, fe en la propia voz femenina y única y en tomarse el derecho a la felicidad, pese a todo y con todo... La felicidad que no siempre es un bienestar cómodo y cotidiano, que no siempre es patrimonio de los «sanos» y de los «afortunados»... La felicidad creada con cada paso de toma de conciencia, con cada gesto, con cada lágrima, con cada noche pasada al borde de la muerte, o con cada abrazo, caricia, sonrisa y mirada cómplice... La felicidad de una nueva mujer, que alza su voz hacia el mundo entero sin miedo, sin expectativa, pero con un valor firme y con un tono particular; femenino, único, amoroso y misterioso, pero tan real y carnal como la vida misma. Como la felicidad ganada a pulso de la voz a la que nada acalla, respaldada por todas las voces de mujer que ha habido y que habrá...

La idea de dar dimensión, lugar y alma a nuestro recorrido; el de Adriana como mujer, actriz y escritora, y el de Cristina como mujer, comunicadora y terapeuta, dando también la palabra a las pacientes de Cristina, se debe a que ellas han padecido o padecen, pero han decidido transitar con sus recursos y con toda su voluntad, desde un lugar a otro, desde un estar a otro, en el que la mujer habla con todo su ser y se toma el derecho de ser feliz...

Mujeres de distintas edades, distinto recorrido vital y emotivo, pero unidas en este caso por el padecimiento psíquico y emocional, con toda la carga de dolor y de superación que ello conlleva...

El motor del libro es alzar la voz de estas mujeres.

A través de los tiempos, de los lenguajes, de los entornos y contextos personales, familiares, morales y educacionales, el dolor, la enfermedad y la desesperación existen y permanecen siempre... El único poder transformador es el de la calidad del alma que te lleva a transformar el dolor en felicidad.

Ese camino a recorrer, partiendo siempre desde la realidad de cada una de esas mujeres, es el que deseamos regalar a los lectores que lean *Voces de mujer*...

Es un libro testimonial e innovador, basado en la realidad de todas las voces que lo construyen. Comienza con el encuentro entre Adriana y Cristina, y se suman las demás voces. Tramo a tramo de vivencias reales entrelazadas, con un hilo conductor; la alquimia de la emoción...

Adriana Davidova y Cristina Yela
Octubre de 2007

LA POSIBILIDAD DE LO SOÑADO

Cuando elegir la vida es la única opción válida, cuando elegir usar el dolor y no rendirse ante él se convierte en un modo de caminar, cuando el valor de cada instante, de cada fragmento de belleza se hace palpable, cuando la consciencia de la inevitable unión e interrelación con el otro, con los otros, cobra presencia, cuando una mirada de amor, de comprensión, de valor, de empatía o de compasión se convierte en un tesoro sin precio, entonces es cuando la necesidad de hablar se transforma en necesidad de comunicar algo y de expresar... Entonces, la voz cobra dimensión y es a la vez instrumento y caricia, alivio y energía, impulso y verbo.

Verbo que se transforma en acción. Acción que se convierte en vida...

La vida, la muerte, el amor, la sexualidad... La manera de cada uno de vivenciarlos, el modo único e irrepetible de contarnos a nosotros mismos a través de esas fuerzas motoras que nos mueven y encaminan, que nos detienen, levantan o destruyen, eso es lo que nos hace distintos y singulares... Cercanos para alguien e incognoscibles para otros... Esas cuatro pulsiones, que luego se refinan y bifurcan, mutan, crecen o deforman, según el manejo que hacemos de ellas, nos cuentan como una identidad, como un ser, como un estar, frente a los demás y frente a nosotros mismos.

Todo aquello que notamos, sentimos, pensamos, queremos, necesitamos y cómo hacemos para conseguirlo está firmemente entrelazado con la vida, la muerte, la sexualidad y el amor vividos por nosotros, y la vida, la muerte, el amor y la sexualidad vistos vivir por otros. Lo vivido y lo visto vivir hace que empaticemos con lo que nos rodea, que podamos compartir los temores y los secretos... Que seamos cómplices o podamos contagiar y ser contagiados de una dicha no propia, de un entusiasmo que no parte de nosotros, de un deseo físico que nos arrebatara de algún letargo... Que podamos llorar con la pena de otro y que podamos pedir por el bienestar de un cuerpo que no sea el de uno mismo...

Empatizamos a través de los sentidos y de sus mensajes, a veces claros y rotundos, otras turbios, sutiles, leves o confusos...

La vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto y la intuición como un sentido más, tan presente y tan importante como los otros cinco.

Así los sentidos que nos hacen ser o no ser, y nos aproximan a lo que deseamos percibir o expresar, son los que nos leen el mundo que nos rodea y a la vez cuentan de nosotros al mundo. Cada sentido nos depara un universo de percepciones, de emociones,

de pensamientos, de anhelos... Cada sentido empobrecido o ampliado, refinado y gozado según el uso que hacemos de él, según la atención que le prestamos, según la memoria que ha acumulado desde que forma parte de lo que somos desde antes de nacer, mientras vamos formándonos para ser, para percibir dentro del útero de esa madre que nos ha acogido hasta entregarnos al mundo como un don, como un regalo de vida para ser vivida plenamente, enteramente, con consciencia y con felicidad y la dicha que produce esa decisión de ser feliz...

Yo aquí y ahora soy feliz. Feliz de poder compartir toda esa vida, lágrimas, luchas, miedos, ausencias, amor, soledad, muerte, misterio, amistad, complicidad, encuentros, viajes a lo más hondo y viajes sin retorno... Viajes a ninguna parte, que, sin embargo, siempre te llevan más y más cerca de ti misma y de los demás.

Así me llevaron mis sentidos hasta Cristina y hasta el abrazo de este libro. Y uso la palabra abrazo porque Cristina es acogedora y firme... Cuando está cerca, se la nota absolutamente presente y envolvente como unos brazos que te aprietan sin soltarte, y cuando te sueltas te llaman cariñosos y tímidos, hasta que te vuelven a atrapar para protegerte o buscando protección, como una niña grande o como una mujer muy fuerte y autónoma que, sin embargo, sigue buscando el afecto y el cariño incondicional, aún como una niña, pese a todo lo vivido, con todo ello... Reflejado en sus ojos, en el gesto de su boca, en su cuerpo, en su voz...

La voz, que afecta e impregna directamente al sentido del oído contagiándolo de sensaciones que se transforman en fantasías y anhelos... En anhelo que despierta la intuición.

A Cristina y a mí nos unieron el sentido del oído y el de la intuición a través de la voz. De la suya y de la mía. Ella flechada por algún timbre mío particular, por alguna entonación que la retrotrae a algún lugar, a algún momento, a alguna vivencia... Yo, contaminada por su densidad, por su volumen modulado, por su dolor reflejado en las palabras y en la forma de decirlas, pese al significado de las propias palabras. Ella me pregunta desde la distancia de las ondas... Yo le respondo, y a veces mis respuestas se convierten en preguntas abiertas, a las que casi respondemos al unísono. Otras, son respuestas basadas en una comprensión nítida entre nosotras. Y allí mismo, en aquella entrevista que me hizo Cristina para su programa de radio, supimos, sin decirlo, que las dos conocíamos la enfermedad y el dolor... Que conocemos aún. Pero también supimos por medio de nuestras voces que se seducían y se guiaban la una a la otra, que ambas somos luchadoras, supervivientes a los abismos más inesperados, a las noches menos plácidas, al dolor físico más rotundo y a sus consecuencias.

Luchadoras ante el mundo y ante nosotras mismas, ante la propia conciencia, que es el testigo más «cruel» e implacable, pero a la vez el más certero. El testigo al cual yo no trataría de engañar jamás, ya que de hacerlo estaría emprendiendo un camino de autoengaño y huida... Huida de la realidad propia, que a veces es tan dura y tan distinta de lo soñado, que asusta y uno desea huir, huir lejos de esa realidad y de lo que uno es o parece ser dentro de ella.

Sin embargo, huir solamente sirve para que después de desperdiciar un tiempo valioso e irrepetible, volvamos al mismo sitio de partida. Justo el lugar del cual quisimos huir. La realidad que más nos angustiaba y atemorizaba, aquella que nos tocó vivir, sin una razón aparente, sin un porqué. Exactamente en ese cruce de caminos, en ese punto preciso, es donde uno puede optar, pese a todas las circunstancias desfavorables, dolorosas, insoportables incluso, por seguir siendo alguien que elige la vida, alguien que decide luchar, esgrimir los obstáculos, combatir los fantasmas y el terror, transitar la enfermedad, las heridas, los traumas, los abusos, las injusticias... Transitar el pánico que provoca tener que vivir de un modo totalmente distinto al que uno proyectó para sí mismo. Dejarse empapar por la incertidumbre, por el día a día, por el generar continuamente pequeños triunfos y el dar cabida con todo lo que ello supone a la entrada de todas las posibilidades dentro de un único instante. Un único instante en el cual uno pueda permitirse pese a todo y con todo, pese a todos y con todos, la posibilidad de ser feliz.

Dejando que las emociones y los estados se sucedan, alineándose con nuestro sentir, con nuestros pensamientos, con nuestras decisiones y con nuestros actos.

A veces, estas emociones y estados son álgidos y concretos, otras, aparecen tenues e imprecisos... Alguna vez nos sacuden, nos arrojan a espacios desconocidos... y en otras ocasiones, sin embargo, nos proporcionan paz y bienestar... En un momento dado, una emoción nos golpea de tal modo que permanecemos dañados, afligidos y suspendidos en el desasosiego durante horas, días, semanas... En otro momento totalmente distinto, otra emoción, otro estado, nos entrega al alivio, al descanso, a lo lúdico, al placer...

La manera de dejarnos afectar por esas emociones y estados es completamente única, individual, irrepetible y subjetiva. Cómo transitamos y cómo nos manejamos en los diferentes estados de nuestro estar nos permite ser. Ser aquello que nos identifica como «yo soy, yo noto, yo siento, yo pienso, yo quiero, yo necesito, yo actúo...».

Pero, muchas veces, cabe la pregunta ¿acaso soy ese «yo» que quiero ser? o ¿soy aquello que «inevitablemente» soy, debido a todo lo que me rodea: circunstancias externas e internas, obstáculos, personas, ideas, estímulos y estados o emociones que me mantienen en un punto fijo del que no sé escapar, aunque quiera hacerlo?... Sin embargo,

al sentir «aunque quiera», de algún modo ya estoy queriendo, ya estoy a disgusto en ese punto fijo, ya estoy trémulamente atreviéndome a desear un lugar mejor, un ápice de posibilidad de felicidad... Estoy dispuesta a alquimizar, a transformar una cosa en otra, a ser y estar de un modo distinto, sintiendo también emociones y estados transmutados, percibiendo con los sentidos otra intensidad y abriendo un nuevo espacio en mi boca y en mi garganta para algo que algún día será «mi voz»... Aquello que «yo» reconoceré como «mi voz»... Una voz en la que cabe la verdad de lo que vivo y viví, la verdad de lo que quiero llegar a vivir, aunque me digan que no me queda más de un minuto de vida, de aire, de lucha... Esta «voz» mía nueva tiene la capacidad de expandirse y de atreverse a decir: ¡No será así! Será diferente... Será de otra manera... Seré la que quiero ser.

Pude escuchar mi voz así alguna vez, y eso me hizo dichosa... La voz de Cristina también ha resonado con la rotundidad del deseo de vivir, en momentos clave... Y la voz de las mujeres que aquí compartieron su transitar también tuvo que encontrar su timbre, sus palabras exactas y su sentir...

Nos acusan de ser demasiado sensibles, de ser demasiado entregadas, de ser demasiado cambiantes, de ser demasiado apasionadas, de ser demasiado atormentadas, de querer demasiado, de desear demasiado, de imaginar demasiado... Nos acusan los demás y nos acusamos nosotras mismas... Lo hacemos porque eso que sentimos a veces nos duele con tanta intensidad, que al no nombrar ningún culpable, nos autoinculpamos evitando señalar como causantes de nuestro dolor a eso que realmente nos afligió, a aquellos que sí nos lastimaron, hirieron, vejaron... y nunca nos comprendieron, ni siquiera lo intentaron... Aquellos que nos arrebataron el deseo de felicidad, aquello que nos arrancó la inocencia o nos truncó el amor. Es duro mirar a los ojos y reconocer a aquel que te arrojó al silencio en alguien a quien amas o has creído amar...

Es duro estar moribunda en un hospital y no poder gritar, porque todo en ti parece demasiado... Es duro vivir una «vida normal» en la cual nada es normal, porque tu miedo a «ser demasiado» te hace incapaz de mirar a los ojos de tus propios hijos, de tu marido, de tus amigos... Es duro que de tanto sentir, y pensar que no tenemos derecho a ello, nos convirtamos en una mera sombra de aquello que nuestro aliento, nuestro espíritu anhela ser...

Porque hay algo en nosotras, precisamente por nuestra fuerza y nuestra capacidad de percibir el mundo, de amar y de crear la vida en nuestro propio cuerpo..., algo que es muy frágil y que debe ser preservado, sostenido y amado... Ese algo que tiene que ver con nuestro propio ritmo, con la mirada que arrojamos sobre las circunstancias, con el deseo absolutamente atávico de ir siempre un poco más allá de lo obvio, de mutar, de buscar y también de arriesgar... En todo. Sin importarnos el castigo, siempre estamos

dispuestas a luchar y escarbar en los abismos más oscuros de nuestra propia alma, para después repartir lo que encontramos con todos y con todo, sin esperar recompensa más allá de la dicha que se experimenta al vivenciar un cambio, un trascender de un estado del ser a otro, un movimiento, a veces sólo interno, otras también externo, que llega a modificar todas las circunstancias de nuestro entorno.

El placer de modificar algo que nos angustia o nos deja incompletos, hasta hacerlo ser o «parecer» algo con lo que nos identificamos desde dentro y que nos otorga la gracia, aunque sea mínima, de sentirnos complacidos... Obrando, actuando, no como un resorte activado por los impulsos que nos provocan las circunstancias, sino siendo nosotras las que generamos circunstancias y activamos vivencias, pensamientos, emociones, deseos y actos. Actos inspirados. Los auténticos actos. Aquellos que formarán parte de nuestra memoria y de nuestro imaginario para siempre. Modificándonos a nosotras y modificando, de algún modo casi mágico, a los que nos rodean.

Tendemos a identificarnos con los demás y a diferenciarnos de ellos, precisamente por la cantidad y tipo de sensaciones, emociones, pensamientos y deseos con los que acostumbramos a manejarnos, siendo conscientes de ello o no... Así, nuestros estados y emociones fluctúan y nos cuentan quiénes somos o quiénes fuimos, en esta o en aquella etapa de nuestra vida, en un determinado lugar físico o psicológico. A su vez, recordamos etapas o lugares con mucha mayor claridad y lucidez, nombrando la emoción o estado que nos embargó con mayor fuerza durante su tránsito.

Transitar...

Pasar de un estar a otro requiere, inevitablemente, de una transición, de una situación intermedia entre un estado pasado y otro nuevo. En esas situaciones intermedias es donde nos quedamos atrapados, refugiados, escondidos, atemorizados o plácidamente acomodados, mientras nos contamos que el cambio es imposible o innecesario... Pero el cambio es imprescindible e inevitable. Cuanta más resistencia oponemos, mayor será el grado de catarsis cuando el momento de reconocer lo que es, lo que está, lo que ya no soy, se presente con toda su dimensión. Esa catarsis, sin embargo, no es una destrucción, simplemente es una desestructuración de lo ya establecido, para hacerlo evolucionar e ir en otra dirección.

En *Voces de mujer*, la voz de una mujer envuelve la voz de otra... Son dos voces que se encuentran para convertirse en una sola con timbre de mujer, que cuenta cómo transitar el dolor y cómo dar lugar, espacio, cabida y curación a las emociones que de algún modo nos pertenecen a todos, y que a veces nos dan alas para ser como ángeles, y otras nos confunden y dominan arrojándonos al infierno. Sin embargo, siempre existe una voz nuestra o que podría ser nuestra que nos susurra al oído, que nos recuerda si

olvidamos, que nos despierta si nos dormimos y que nos anima, si sucumbimos a la desolación, a querer sanar, a querer vivir pese a todo y con todo, vivir para poder decir en voz alta: he vivido...

Adriana Davidova

DOS VOCES QUE CONVERGEN

Cuando me desperté esa mañana, parecía que iba a vivir un sábado más; ilusionada, no obstante, porque dos horas de radio siempre son alentadoras y sorprendentes. La radio está llena de magia. La envuelve desde el momento en que tu voz sale desde el micro por las ondas y como un milagro se instala en el comedor, en la cocina, en cualquier lugar del alma de la persona, que aprieta un botón y comienza a escuchar; por eso, cada sábado, después de ocho años, siento como si fuese el primer año de mi vida.

Adriana entraría por teléfono; no podía entrar en directo, como a mí me hubiese gustado, porque según me dijeron, una extraña enfermedad le impedía que el sol la tocara. Su marido, Liberto, sí estaría a mi lado, y hablaríamos de *La inercia de los cuerpos*, una película que ambos iban a realizar acerca de la relación médico-paciente. El tema me interesaba y mucho; el dolor ha estado presente en mi vida en muchas ocasiones, y cuando te sientes débil la sensibilidad y la inseguridad se agudizan.

Cuando llegas a la consulta de un médico y te pones en sus manos, es como que le entregas una parte de ti y secretamente pides y deseas que esa persona sea capaz de ayudarte con su diagnóstico acertado, con su experiencia, pero sobre todo necesitas que te acoja, y sentir el calor de una persona cercana, que en esos minutos que te regalan tú seas lo más importante.

Comencé a hablar con Liberto de *La inercia de los cuerpos*; él hablaba de su película con pasión, ternura y conocimiento de lo que quería crear y por qué. Y de pronto hablaste tú, Adriana, y tu voz inundó todo el estudio y también a mí. Tu voz y tu sentir, porque la voz no es nada si detrás de ella no existen sentimientos; te escuché atentamente y me acerqué a ti a través del micro, sentí el dolor que no contabas, estabas llena de la fuerza que transmitías, de esperanza e ilusión por los sueños, los anhelos y la necesidad de encontrar al otro lado comprensión y cercanía, y nuestras almas se encontraron a través de nuestras voces, rotundas, claras, profundas. Y cada palabra, cada frase me iba transportando a un estado de melancolía por el dolor compartido, por la esperanza, por la fuerza que emanabas al hablar y la determinación de tu voz por tu alma luchadora y rebelde ante la enfermedad. Poco a poco me llevaste años atrás, cuando ya nada más nacer, el primer médico que me vio a lo largo de mi vida les susurró a mis padres: «Esta niña posiblemente vivirá poco tiempo, porque ha nacido débil y no creo que logre superar la pubertad.» En un instante se cruzaron tantas emociones, tu voz seguía trasladándome al pasado, a esos años de médicos, hospitales, batas blancas (mi madre me contó, cuando

ya no era una niña, que llegué a odiar las batas blancas y que cuando iba con ella al mercado, no podía acercarme a ninguna tienda, porque la bata blanca del carnicero o del pescadero me hacía llorar y temblaba de miedo y dolor, pero sobre todo miedo, mucho miedo).

De pronto tú también hablaste del dolor con ternura y cercanía, y en ese instante hubiese necesitado dejarme llevar a través del micro y llegar hasta donde tú estabas; fue una sensación extraña e intensa. Después, pasaron los días sin saber cómo iba a conseguir un acuerdo con el sol para que me dejase hablar contigo una al lado de la otra por el micro. Cuando ocurrió fue bello e intenso como intensas somos las dos, no aceptamos ni sentimos la vida sin riesgo y las dos apostamos fuerte por ella, creo que es lo que más queremos: sentirnos vivas es una necesidad que surge de la oscuridad, del sufrimiento y de la incertidumbre; y desde luego del aquí y el ahora, porque se convierte en lo primero, el vivir cada segundo alerta, sintiendo cómo la sangre recorre nuestro cuerpo, y el corazón con cada latido nos indica que seguimos vivas, que de nuevo hemos ganado la batalla y que solamente siendo cada minuto un poco más fuertes conseguiremos conducir nuestro coche de caballos al lugar donde queremos estar y ser.

Hablamos del amor, de la ternura, del sufrimiento siempre presente en nosotras, pero mezclado con tanta fuerza y ganas de superarlo que tuve la sensación de que al contarlo, desaparecía para dejar espacio a la sonrisa y a cierta serenidad que nos embargó a ti y a mí, Adriana, al saber que nuestras miradas se fundían en complicidad y esperanza.

Recuerdo que, cuando yo tenía dieciséis años, la cama y el reposo eran el encuadre de mi vida. Cuando el cansancio se instalaba en mí permanentemente porque mi hígado, joven, muy joven, pero también viejo, muy viejo, tenía ya decidido tirar la toalla y dejar de vivir; cuando los médicos se miraban unos a otros con esa mirada de tristeza y confirmación de un diagnóstico difícil de transmitir a mi familia; cuando intentaron anular mis deseos de ser madre, de vivir una vida normal, yo decidí hacerme cómplice de mi cuerpo, de mi mente y de mi alma, decidí que no iba a ser así, sentí que todas aquellas batas blancas se equivocaban y que el poder lo tenía yo en mi mente. Decidí vivir aquel día, precisamente aquel día en que el pesimismo sobrevolaba en el ambiente familiar, de nuevo elegí vivir y luchar por mí, por mi vida, por mis deseos, por mis anhelos más profundos, por mi sexualidad (también vedada, como todo entonces para mí), pero, sobre todo, por mi esencia, mi identidad y mi naturaleza. Me prometí desde aquel instante vivir el segundo, el minuto presente con intensidad y alegría; recuerdo que pedí al universo que me dejase algo de inocencia a lo largo del tiempo, aun estando inmersa en el dolor y la incertidumbre del valor de los días.

Han pasado cuarenta y cuatro años desde aquel segundo en que tomé la decisión más

importante que se puede tomar; arrancarle a la muerte mi vida, y saborearla con la misma intensidad con la que un niño disfruta con su caramelo favorito, aquel que le transporta, por unos minutos, a la escala más alta del goce en ese instante. Ahora, después de cuarenta y cuatro años, con la ventana abierta a los sesenta, miro para atrás y no puedo prescindir de la sonrisa cómplice y divertida que me hace el aire, las nubes, el atardecer, la noche, el sol. Ella y yo sabemos que hemos ganado la batalla minuto a minuto; si hoy la vida quisiera definitivamente dejarme ya, no me iría vencida, sino ganando la partida que un día hace mucho tiempo decidí ganar.

Y volví de pronto al estudio de radio, me encontré de nuevo delante del micro, y tú, Adriana, seguías hablando y regalándonos parte de tu sinceridad y vehemencia. No se puede vivir de otra forma, pensé yo, no se puede. La vida es inconmensurable; cuando nació mi hijo, Borja —tuve la suerte de verle nacer—, todas las decisiones que había tomado en aquel entonces, hace ya muchos años, cobraron más fuerza, no solamente pude llegar a ser madre (en contra de las batas blancas): al nacer, Borja pesó tres kilos y medio y midió cincuenta y dos centímetros, todo sucedió sin demasiadas alteraciones, y yo, que era una madre añeja, nombre que nos daban a las mujeres que paríamos por primera vez a los cuarenta años, de nuevo desafié las estadísticas; es cierto que mi hígado empeoró con el embarazo y después tuve que cuidarlo más, si cabe, de lo que lo había hecho cada minuto de mi vida, desde aquellos dieciséis años, pero volví a seducirle, a quererle tanto que se tranquilizó nuevamente y así me deja vivir unos cuantos años más.

Me encontré en mi estudio, otra vez, allí donde durante dos horas el espacio es mío y de quien yo quiero que sea. Mi voz es a veces profunda, otras sofocada, vapuleada por lo que estoy escuchando, otras agradecida, pero sobre todas estas sensaciones está la voz firme, decidida a decir lo que siento, lo que me sale de las entrañas y el corazón, a modularla para que no se pierda nada a través del micro. La voz es lo más importante que tenemos, con ella decimos, amamos, nos enfadamos, nos seducimos, nos contamos todo aquello que necesitamos expresar e incrustar en el aire, y que se quede marcado en las paredes de mi espíritu, es mi reserva para los días lluviosos, tristes, solitarios, fríos y húmedos; esa reserva de recuerdos, de momentos únicos, cuando mi voz temblaba, pero respirando hondo y pisando fuerte salían las palabras con tanta firmeza que las murallas iban cayendo, los obstáculos se convertían en chicle y sólo quedaban a lo lejos los deseos, el impulso del amor por mi vida, y el estallido de la voz y las palabras me empujaban hacia lo que yo quería ser, y era, hacia lo que yo necesitaba sentir y sentía, era mi naturaleza lo que salía desde el fondo de mi voz embargada por la decisión, el coraje, y la necesidad de tocarme y sentir mi espacio físico, de respirar y escuchar mi cuerpo, reír a carcajadas y palpar mi alma.

EL ENCUENTRO

Llevaba todo el día inquieta antes de entrar en la cafetería donde habíamos quedado Cristina, yo y las tres maravillosas mujeres que me iban a abrir su alma, para que el mirar atrás en su caminar, durante un par de horas, fuera un testimonio de su coraje y de su capacidad de transitar desde el dolor hacia otros estados. Un testimonio de que la mujer sigue siendo, y lo será para siempre, un ser valiente, innovador, inconformista, curioso y estrechamente interrelacionado con todo lo que le rodea... Siendo permeable a los elementos externos, pero sin dejarse vencer, destruir, anular... Haciéndose cada vez más entera, más fuerte y más consistente. Conocedora de las emociones y de los estados que surgen. Capaz de ubicarlos, de nombrarlos, de situarse a sí misma en medio del caos y de detenerlo todo, para volver a movilizarlo después desde un lugar mucho mejor, ya que es un lugar elegido o creado a voluntad...

Un lugar en el cual, sin embargo, todo cabe. El amor, la pasión, la ternura, la memoria, la amistad, la furia, la dicha, el anhelo... Todo cabe, porque, paradójicamente, en un corazón vacío no hay sitio para nada y, en cambio, en un corazón lleno hay espacio para todo. Para que se termine quedando aquello a lo que uno dice «sí». Sí a lo que me hace sentir viva. Sí a todo lo que me hace feliz. Sí, aunque a otro o a otros les parezca extraño o no lo entiendan. Yo digo sí a aquello que, si cierro los ojos y me pregunto si me hace sentir mejor o peor, sin dudarlo me contesto que me hace sentir mejor.

La primera en llegar fui yo, y como buena escudriñadora y tanteadora, investigué un poco el lugar e intenté adaptarme rápidamente al espacio e imaginar si sería fructífero y agradable el encontrarnos allí. La hora era propicia y ya se podía decir que pertenecía a la noche, a los momentos en los que entre las sombras de las luces atenuadas o las suaves iluminaciones rojizas todo se vuelve más distendido, más seductor, menos estricto e indudablemente a priori parece más favorable para intimar...

Y... ellas fueron apareciendo y contorneando su realidad desde el primer instante. Y Cristina, la catalizadora de sus cambios y de su estar, llegó la última, y cerró el círculo. Realmente un círculo mágico formado por varias mujeres sentadas alrededor de una mesa con velas, como siempre, como en la Antigüedad, y que muy lejos de dar la sensación equívoca de frivolidad, transmitíamos cierta tensión. No una tensión negativa o incómoda, sino la tensión de saber que es necesario hablar del camino que uno ha hecho,

cuando todo en ese camino ha llegado a parecer imposible y la salida hacia la libertad del ser no se vislumbraba.

Cristina y yo nos miramos directamente a los ojos durante unos largos instantes y volvimos a transmitirnos las palabras y las sensaciones que necesitábamos la una de la otra, sin abrir los labios... Simplemente con una mirada que lo traspasaba todo... y nos lanzamos al mar... Al mar de ese algo tan íntimo y tan denso que es nuestra propia historia y las emociones entretejidas a ella, haciéndonos nadar o flotar, rápidas o suaves, como olas... Siendo olas, montando olas, generando olas...

La luz de la cafetería se vuelve más rojiza aún, todas las miradas brillan y las pieles se ruborizan ligeramente... Un dedo de mujer remueve despacio el agua del vaso que se va a llevar a la boca, dirigimos nuestras miradas a ella y la convertimos en el foco de atención. Un mechón de pelo se le escapa y le roza la mejilla... Las emociones empiezan a aflorar contagiosas...

LA MEMORIA Y EL OLVIDO

Querida Cristina... Cuántas cosas para olvidar después de tantas batallas que has ganado... Pero ¿qué es ganar...? Querida amiga..., ¿qué tenemos que perder para ganar...?, ¿qué recordar y qué olvidar...? Cuando me hablas del amor, del amor que has sentido o que todavía sientes, tus ojos se clarean aún más, y parece que no has olvidado ni un ápice de eso que te llenó de esperanza, de energía, de dimensión... Porque el amor es dimensión. Dimensión de alma, de mente y de memoria. Tu memoria. Mi memoria.

A veces pienso y percibo que soy siempre la misma Adriana, desde antes de nacer hasta ahora, porque todos los tiempos y todas las experiencias vividas las noto presentes, a flor de piel..., como si fuese posible darme la vuelta y agarrarme al abrazo de mi abuelo y a los besos de mi abuela. Ellos ya no están, pero mi memoria los rescata en un abrir y cerrar de ojos, y casi se vuelven materia, casi los puedo tocar.

¿Es eso bueno o malo? Tal vez sea bueno hasta el punto que nos resulte beneficioso, hasta el momento en que nos reconforta... y a partir de allí, a partir de que lo vivido o lo recordado nos pueda dañar o arrastrar hacia lugares intransitables, el olvido hace acto de presencia y ocupa espacio para obligarnos a sobrevivir. Porque si sobrevivimos, siempre tendremos una oportunidad para alcanzar lo soñado, para ser dichosos, aunque esa dicha sea breve. Habrá merecido la pena. Vivirlo y recordarlo.

Cuando tú me hablas de los momentos que te marcaron como niña, como adolescente, como mujer, como madre, como adulta... lo haces con tanta precisión, que las imágenes evocadas me contagian irremediabilmente. Ese momento en el cual, después de darte todos por perdida y sin creer en tu salvación, tú te rebelas y guiada por la intuición, sales a la calle, trémula y alterada, pero decidida a vivir, hasta llegar a la puerta de la consulta del doctor que después sería tu salvador, y al cual, muchos años más tarde, yo también acudiría, y en parte también gracias a él, he podido sobrevivir hasta hoy. Aunque la enfermedad siga golpeándome con crisis de dolor insostenible cada cierto tiempo, estoy viva y mi memoria me recuerda mis deseos, mi fe, mis metas y el sentido de mi existir, cada vez que el infierno intenta apoderarse de lo que soy, de lo que deseo ser.

A veces pienso en las personas que pierden la memoria de golpe o paulatinamente y que ya no se encuentran a sí mismas en ningún contexto y que no ubican nada de lo que les rodea ni a nadie, y pienso en el vacío tan tremendo y tan desolador que su ser experimenta hasta que generan poco a poco una memoria nueva, recién llegada, y a

medida de esa nueva memoria se crean a sí mismos, tal vez con un yo completamente distinto del yo que fueron, del yo que podrían haber sido... También pienso en los millones de seres humanos que desean o desearon olvidar y cuya memoria les deja grabado a fuego el recuerdo de imágenes terribles, de hechos atroces. Personas que vivieron y vieron vivir actos de tortura, de brutalidad, de miseria, de muerte... Quedando impactadas hasta el punto de traspasar esa memoria del horror a sus hijos, a sus nietos, a los que seguirán viniendo... Muchas de esas personas hubieran deseado olvidar con todo su ser para alcanzar un trozo de alivio, pero la memoria, no sólo la de cada uno, sino la memoria colectiva que presencié y sobrevivió a lo vivido, en un gesto de alerta ante el futuro, perdura y no borra los recuerdos, instalándolos en las células a niveles sutiles, inconscientes..., pero tan reales como las imágenes que aparecen en los sueños de aquellos que no pueden olvidar.

Una de mis abuelas, la madre de mi padre, fue torturada, vejada y violada en su cuerpo y en su espíritu por ser judía y por sus ideas políticas y morales... Ella tenía dieciocho años cuando la realidad, para ella y para millones de mujeres, hombres, niños y niñas, se convirtió en una pesadilla que parecía que no tendría fin.

Todavía, a día de hoy, el recuerdo de la imagen de ver morir frente a sus ojos a su gran amor, a su compañero de pasión y de deseos, en medio de un cotidiano infierno, fusilado en medio de un horror instalado como parte del entorno natural, está presente en mí, mezclándose con mis propios recuerdos y vivencias. Como si fuese realmente yo la que recuerda lo vivido por ella. Y siempre que escucho relatar a alguien hechos de abuso o de tortura, o cuando veo o leo algo que tiene que ver con la crueldad que es capaz de generar el ser humano, o cada vez que una película o un libro trata el tema del genocidio, y unos se convierten frágiles e indefensos en víctimas y los otros en verdugos embebidos por la «bestia» del poder, algo en mí se quiebra y lloro sin poder evitarlo, y todos mis centros se remueven como si recordasen lo vivido... Experimento impotencia, miedo, compasión y, aparte de una enorme indignación ante lo sucedido, me embarga un sentimiento de tristeza arraigada a algo que va más allá de lo que se podría explicar con argumentos lógicos y coherentes. Creo que subyace ese misterio que nos interrelaciona a todos y que nos habla en un lenguaje extremadamente metafísico afectándonos de un modo directo e instantáneo y nos provoca emociones que combatirán el olvido y no le dejarán instalarse.

Cuando tú y yo hablamos, siempre late la palabra «recordar», en forma de pregunta o como constatación: «Cristina, ¿recuerdas cuando...?» o «Recuerdo una vez...». Y allí, sentadas junto a las demás, envueltas en la niebla que crean las velas, nos dedicamos también a nombrar los recuerdos...

Sin embargo, como tú, Cristina, tantas veces dices..., nombrar los recuerdos no es regodearse en ellos hasta perder la noción del presente, hasta perder la conciencia de vivir en el instante del ahora... Nombrar lo que uno vivió como experiencia sensorial, emocional y cerebral debe ser el sostén para ir hacia delante o para permanecer sereno y firme en su ser actual. Con lo cual, creo, querida amiga de ojos valientes, que debe haber un equilibrio, parecido a un baile en coordinación precisa, entre lo que uno maneja como recuerdos y lo que uno proyecta como expectativas. Un sutil y sano ir y venir de un lugar a otro, de una vivencia a otra sobre las que podamos pisar con impulso para seguir avanzando, sin repetir lo ya aprendido, una y otra vez... Y que cada emoción asociada a un hecho y cada estado de ánimo que nos acompañó sirvan para que cobremos una conciencia cada vez más rica y abundante de quiénes somos, quiénes queremos ser y qué de lo vivido o de lo que nos espera por vivir nos hace sentir mejor. También arrojar cada vez mayor claridad sobre aquello que NO queremos que forme parte de nosotros y de nuestra experiencia.

Patricia no supo quién era ni quién había sido hasta que un día logró nombrar una emoción y, con la emoción, surgió el primer recuerdo, y con este recuerdo, la paulatina construcción de su identidad, compuesta por un pasado, un presente y un deseo de futuro... Una identidad de mujer consciente y libre, libre de la prisión que supone la absoluta desconexión entre el ser interior de uno y lo que uno va viviendo de un modo maquinal, inercial..., sin ningún tipo de vínculo con el corazón.

Sin embargo, miro a Patricia, a la Patricia de ahora, y veo a una mujer bella, expresiva y absolutamente consciente de su emotividad y del hecho de estar viva, de estar presente con todo lo que nota, siente, piensa y desea... Su enfermedad ha quedado atrás gracias a una fuerza de voluntad férrea y gracias a la ayuda que ella quiso y supo pedir... Tuvo esta ayuda y tuvo la disciplina de ir desenredando paso a paso cada miedo, cada angustia, cada situación que se había quedado anclada y enterrada en el pasado bajo la forma del olvido, del no recordar... Como si lo vivido no le hubiese sucedido a ella y no le hubiese hecho sentir nada... Ninguna emoción, ningún estado, ningún estremecimiento..., y sin embargo un dolor fuerte, sobrecogedor... Un dolor del alma, envolviéndola entera, paralizando su cuerpo y su voluntad. Precipitándola al vacío, al recorrido sucesivo de pasos marcados por otros, a gestos determinados por la imposibilidad de defenderse, de darse cabida a ella misma... Una espiral donde toda ella terminó dañada, dañada y usurpada en lo más íntimo de su feminidad, de sus ideas, de su cuerpo fragilizado y expuesto a la niebla que separaba a Patricia de la propia Patricia. La Patricia que tengo ahora sentada muy cerca de mí... La misma que mira con complicidad y con muchísima ternura hacia Cristina... Hacia esa mujer asombrosa que le

supo tender la mano... Y lo supo hacer del mejor modo posible. La supo ver, y la ayudó a verse. ¿Quién soy? ¿Quién quiero ser? ¿Quién no quiero ser?

Patricia me mira y nos sonreímos ligeramente. Su mirada transmite confianza, apertura y un tenue resplandor de inquietud, que transparenta su inteligencia y su capacidad para sopesar lo que sucede y para sopesarte a ti, en fracciones de segundo. Su actitud es valiente, clara y firme. Como firme fue y es su decisión de seguir adelante, de afrontarlo todo con todos sus sentidos y con la completa participación e implicación de su ser. Del ser que con cada nuevo minuto se va desvelando para ella y para los demás. Como si con veintiocho años hubiese nacido para la vida.

«Para mí la palabra “emoción” no existía. Yo no sentía nada, ni bueno ni malo. No sentía nada ni por mí ni por nadie. Antes de ir a terapia, mi vida carecía de emociones y de la consciencia de su existir... Nunca nadie me habló de lo que eran las emociones, los sentimientos... Hasta que ocurrió algo tremendamente fuerte y significativo que me obligó a tener que decidir. Para mí, decidir, tener que tomar una decisión era desesperante. No sabía qué hacer, ni cómo hacerlo. Allí explotó completamente y me nace la desesperación. Una desesperación que me deja enfrentada a mí misma..., y entonces el mundo se me viene encima...»

Escucho lo que Patricia va narrando y me sumerjo en su pequeño universo infantil.

Veo a una niña de unos cuatro años que permanece quieta y enfadada en un cuarto. Es como un espacio vacío, porque no hay la memoria de los elementos que la rodeaban. Porque no hay amor que dé peso a los contornos... Y Patricia se acurruca y encoge sobre sí misma. No sabe expresar lo que le pasa, lo que anhela, nombrar aquello de lo que carece. Nunca ha escuchado a sus padres hablar de lo que sienten o de cómo lo sienten... Nunca las palabras que le llegan son afectuosas o cargadas de la intensidad emotiva que la pequeña niña tanto desea pero desconoce. Sus padres le dan objetos, regalos, juguetes, abundancia material y un entorno social confortable en el cual, en un principio, nada falta ni sobra... Pero a Patricia le falta la percepción física y emocional del cariño. Y le sobran algunos regalos. Aquellos que sustituyen a las respuestas que la niña espera a sus preguntas no formuladas con palabras, pero sí con miradas, con gestos trémulos y tan sólo insinuados, con esos silencios en los que se sumerge ensimismada y enfadada. Furiosa incluso, con todos y con todo...

No quiere comer, no quiere que la bañen, no quiere esos juguetes que no pidió... No quiere ser una pequeña muñeca a la cual engalanan para hacerla más bonita aún... Está furiosa, ya que es la única emoción intensa que la niña conoce de cerca. Su mamá y su papá siempre están discutiendo. Ella no sabe por qué, simplemente les ve y les escucha discutir una vez y otra... Y entonces, la pequeña Patricia se aísla, se mecaniza y se

refugia en su soledad cargada de rabietas continuas cada vez que se ve obligada a enfrentarse a lo que se supone que ella debe ser y hacer...Y como todo lo que va acumulando como experiencia vital, con su corta vida, no la satisface y le duele en cada célula de su ser..., su mente de niña inteligente decide olvidar. Decide ir encapsulándolo todo en lugares adonde la memoria tendrá dificultades para llegar. Su mente decide que es mejor olvidar...

Miro a Cristina y me pregunto cuántas imágenes inesperadas, repentinamente nuevas, dolorosas y extrañas, habrán aparecido durante las sesiones... Cuántas lágrimas y llantos reprimidos...

Me pregunto sobre la imagen de la propia Patricia al llegar a la consulta por primera vez. Yo me la imagino callada y triste. Muy, muy delgada, con los ojos llorosos y con una expresión distante, ajena y a la vez alerta. Expectante, para poder saltar a la mínima y defenderse del dolor, de su dolor, con esa furia que siendo ella niña se convirtió en su pequeña, gran arma de supervivencia...

Cristina me intuye, coge aire y durante un momento observa a la mujer que está junto a nosotras. Después, como si las dos imágenes contempladas —la de ahora y la de la primera vez que vio a Patricia— perteneciesen a mundos opuestos, habla con el efecto del impacto que en su momento tuvo el encuentro: «Su cara carecía de toda expresión... No había ni siquiera tristeza...»

A veces ocurre, que cuando un niño hipersensible nace en un entorno ajeno a su predisposición emotiva, empieza a germinar dentro de su espíritu una dicotomía que va creciendo a medida que la distancia entre lo que el niño necesita y el niño consigue se hace cada vez mayor. Y allí, el niño, como inconscientemente percibe como injustos su ansia y su enfado hacia sus padres, decide, también de una manera subliminal, no clara, anularse poco a poco hasta perder la consciencia de su identidad y, por consiguiente, de su dolor. Del dolor.

Así pasó Patricia por su infancia y se adentró en la adolescencia, después de varios cambios de escuela y un cambio de casa, donde las continuas reprimendas y escándalos entre sus padres marcaban las pautas y los tempos. «Mi padre, la mayoría de las veces, callaba para no fomentar la pelea, y mi madre se transformaba, le atacaba con tanta expresividad, que yo, al contemplar la parsimonia de mi padre, me sentía resentida con él...»

De ese modo, Patricia encontraba más motivos aún para acrecentar el fuego de su enfado, convertido ya en una actitud vital ante cualquier situación mínimamente intensa. Por ello, cuando sus padres terminaron separándose, para ella fue un alivio momentáneo, donde por unos momentos pensó que por fin todo se colocaría en su sitio... Pero no fue

así... Delante de sus ojos, la madre de Patricia se derrumbó, en contra de todo lo previsto, ya que había sido ella la gran promotora de la separación. Y el padre se alteró ante la reacción de la mujer con la que había compartido tantos años de vida, quedándose enfadado, más dolido aún de lo que ya estaba con la realidad de no haber podido mantener el vínculo familiar que él había planificado y creado.

Lo mágico de la riqueza y de la «alquimia» de las emociones, como a ti, Cristina, te gusta nombrar a ese transitar y mutar de una emoción a otra hacia lo positivo, lo que resulta inesperado y nos sorprende es que justo aquello que a Patricia la alienaba de sus padres, al final, de algún modo, la ha salvado. Le ha hecho romper la cadena. Justo aquello que es su particularidad, única e irrepetible. Lo particular de lo que Patricia es.

Por muy duro que pueda sonar, yo pienso que hay un momento en el trayecto vital de cada uno, cuando hay que dejar a los padres atrás... A veces tan sólo de un modo simbólico, desde un lugar movido por un impulso interno de toma de consciencia de la autosuficiencia de uno, en la cual uno se ve capaz de avanzar por sí mismo... Otras veces es necesario alejarse de verdad, físicamente..., tomar una distancia interna, pero también una distancia real, donde dejar el contacto continuo con los padres durante algún tiempo. Precisamente, y de nuevo dentro de una apariencia paradójica, a veces o casi siempre es la manera exclusiva de preservar el amor, el vínculo amoroso inicial y auténtico entre padres e hijos.

Patricia pasó la mayor parte de su adolescencia casi en un soplo. Llevando los mensajes que sus padres se transmitían el uno al otro a través de ella. Patricia recuerda ahora que se sintió aliviada con la separación, mientras todo el mundo a su alrededor le hacía llegar palabras de consuelo y de pena... Ella, tal y como la propia Patricia cuenta, únicamente estaba conectada con el centro material, pasando superficialmente por encima de todo lo que iba sucediendo, ya que todo lo demás en ella estaba bloqueado, como cristalizado, como si alguna reina de las nieves, parecida a la del cuento de Andersen, le hubiese convertido el corazón en un trozo de hielo. Y la vida transcurría sin que ella se detuviera en ningún momento.

¿Qué de todo lo que vivió, presenció, escuchó e hizo le causó impresión durante toda aquella etapa?, ¿acaso no dejó que nada le causara una auténtica impresión, o al revés, las impresiones eran tan intensas que directamente caían en un pozo de olvido?

Cuando una impresión no encuentra el camino de la expresión, se contamina, se vuelve pantanosa y nos termina intoxicando... A Patricia la intoxicó por completo el hecho de traducirlo todo, absolutamente todo, al enfado, la agresividad.

Me imagino a una chica perfeccionista en los estudios, en su aspecto físico, en su lenguaje, en sus modales... Callada con la mayoría de las personas y muy agresiva con

sus padres, descargando en ellos todo lo callado, pero sin poder ni saber cómo dar forma a eso que calló, a eso que guardó y congeló... Patricia encerrada en su castillo de nieve, escarcha y hielo. El castillo de la reina de las nieves, donde nadie más habita, no ocurre nada, nada se mueve, nada permanece ni tampoco se disuelve. Nada. Ni memoria, ni olvido.

Y tan sólo queda la posibilidad del camino inercial de la autodestrucción, aunque ésta sea muy bien disimulada por una cabeza tan lista como la de Patricia. Ella no estableció ningún vínculo real con nadie, nadie le importó ni la motivó a compartir, ya que ella sentía que no tenía nada para compartir, ni nada de los demás le llegó a interesar como para activarse en alguna dirección, movilizarse por algo o por alguien. Pero su dolor y su sensación de vacío absoluto se hacían cada vez más y más patentes, y ella seguía castigando y castigándose sin empeño ni consciencia. La toma de consciencia absolutamente necesaria para dar un cambio, para transitar, para transmutar, para vivir con plenitud, o por lo menos para intentarlo. Transitar desde el olvido a la memoria, desde la agresividad a la asertividad. Deshacer el hielo del alma, del cuerpo, de los pensamientos, de los deseos...

Vuelvo a mirar a Patricia, que sostiene con suavidad su vaso y observa los reflejos multicromáticos que se generan en el cristal. La percibo atenta a lo que ve, presente con todos sus sentidos.

Ella se da cuenta de que estoy mirándola y se sobresalta. Las demás mujeres se ríen traviesamente, de nuevo cómplices, incluso en una situación tan pequeña, tan efímera. Un instante mágico que luego se diluye entre las sonrisas. Por un momento me pillo a mí misma pensando algo que sólo a ti, Cristina, me atrevo a confesar; durante unos instantes pienso en lo cómodo que sería para mí, o en lo cómodo que hubiese sido, enfrentarme a determinadas situaciones con el corazón congelado, con el cuerpo escarchado y con la cabeza fría... ¿Cómodo o carente del impacto tan tremendo que me causaron?

Tener el corazón «de corcho», como dice que lo tiene un escapista profesional, que conmueve el mío con el amor que desborda precisamente y más que nunca justo cuando dice esto...

En ese momento, tu mirada, esta vez fuerte y contundente, y tu voz me sacan de ese anhelo tramposo de la frialdad que nunca conocí. «Gracias, Cristina...», te digo casi susurrando, y vuelvo a estar presente en nuestro pequeño círculo de mujeres... No, yo nunca estuve en el castillo de la reina de las nieves de Patricia, ni tú tampoco..., pero sí hemos compartido el poder y la fuerza de la memoria y del olvido, cada una desde su vivencia intransferible.

Con veintiún años, Patricia conoció a un hombre característico del tipo de personas

que se acercaban a la Patricia de antes. La aparente fuerza de Patricia y su inmutabilidad le permitirían al hombre establecer unas reglas del juego, a su conveniencia. Y así fue. Se estableció una relación enferma, en la cual, Patricia no era la única, ya que aparte de ella, para el hombre había otra mujer, con la cual se terminó casando, mientras seguía manteniendo la relación con Patricia. Y eso añadía desazón no formulada, no reconocida, pero cada vez más presente. A Patricia esa situación no le resultaba algo violento o fuera de lo común, ya que ella no tenía conciencia de lo que podría ser constructivo o destructivo para su vida. Hasta que aproximadamente un año después del matrimonio del hombre, Patricia se queda embarazada inesperadamente. Y entonces, de pronto, algo en ella se estremece, se quiebra..., ya que se vio ante una situación totalmente nueva y única, en la cual no sabía qué decisión tomar. Pero el hombre la presionó y manipuló para que no tuviera el bebé, hasta acabar acompañándola como en una especie de ensueño o pesadilla a la sala de espera... La sala. La que para tantas y tantas mujeres es como un símbolo, un lugar donde enfrentarse a una misma y a los fantasmas, a los buenos y a los malos... Una salvación o una condena. Un empezar o un acabar. Pero siempre un antes y un después... «Es muy complicado para mí definirlo, pero si yo hubiese estado sola, no estoy segura de haber tomado esta decisión..., yo no estaba preparada para tomar una decisión tan importante... Entré llorando y salí llorando... Y cuando los médicos me vieron llorar me dijeron que allí la gente iba para solucionar problemas, pero a mí eso me generaba un problema, no me parecía una solución...»

Al salir de la clínica, Patricia continuó llorando... Lloraba y lloraba sin poder frenar ese llanto desesperado y lleno de rabia. Se sintió dentro de un agujero negro y se encerró en su habitación durante días enteros; sin comer, sin hablar, únicamente pudiendo llorar. Hasta que un día, algo dentro de ella, algo parecido al instinto animal de supervivencia y la consciencia, por primera vez en su vida, de la desesperación, la empujaron a visionar la necesidad de encontrar ayuda, de pedirla y de ponerse a la sanación. La sanación de la herida. Patricia pensaba que no sabía cómo cicatrizar la inmensa herida abierta que el hecho de abortar le había provocado, pero resultó que la herida empezaba en otro lugar y abarcaba un espacio mucho más amplio... El marcado por todos los pasos dados o no dados jamás...

Y justo en este punto de no retorno se hizo totalmente imprescindible para la supervivencia de Patricia intentar desandar lo andado, y para ello... tuvo que recordar. Allí estuvo Cristina. Recogió los restos helados de Patricia y juntas derritieron el hielo, hasta que el último trozo del espejo distorsionado que se anclaba en la mirada de Patricia desapareció, y ella por primera vez pudo mirarse de verdad, en un espejo real, donde vio emerger a una mujer, a la mujer que ella es.

«Tú eres la responsable de tu propia vida», le dijo Cristina, y esa frase tan corta, pero tan certera, tocó algo dentro de Patricia y resonó por todo su ser, movilizándola completamente en una única dirección posible: la vida.

Al oírla hablar, cierro los ojos y veo a Patricia encontrándose por primera vez con sus sentidos... Gozándolos y descubriéndolos como alguien que acaba de nacer... El olfato, el gusto, el tacto, la vista... Memorizando cada fragmento de belleza. Con un estar nuevo recién surgido de la verdad. Una nueva manera de hablar, de tocar, de caminar, de reír.

Me recuerda la sensación que yo tuve cuando pude volver a dar unos pequeños pasos de baile, después de haber estado diez meses luchando por poder caminar, por poder comer, por poder respirar sin dolor, por poder seguir acariciando a mi hijo, que, al igual que la enfermedad, cumplía diez meses... Vinieron a mi vida a la vez; la vida, bajo la forma de mi hijo, y la muerte, bajo la forma de la enfermedad... Me dijeron que seguramente mi cuerpo resistiría un par de meses, pero aquí estoy, ocho años después. Y ahora, con treinta años, vuelvo a nacer con cada día. Cada día es un regalo. Y aunque es una frase tópica, es una verdad rotunda. Simple y contundente. Saborear de nuevo el líquido dulce y ácido de una naranja estrujada entre los dedos, y llorar de placer, de felicidad... por poder hacer eso tan sencillo, pero que fue inalcanzable durante aquellos primeros diez meses. Otras cosas siguen siendo inalcanzables, pero sé de sobra que conseguiré tocarlas, aunque sea tan sólo rozándolas levemente...

Igual que Patricia supo agarrar con fuerza su propio corazón y hacerlo latir.

Cuando Patricia habla de la terapia, lo hace con naturalidad y con convicción. Piensa firmemente que todos, desde que nacemos, deberíamos tener acceso al conocimiento de las emociones y de los estados que éstas nos generan... Ella afirma, sin reproche, pero con dolor, que si de pequeña hubiera sabido nombrar, identificar lo que le iba sucediendo, si hubiera recibido afecto, si hubiese podido hablar de la dimensión más profunda de la vida..., si le hubiesen guiado hacia el amor, hacia la ternura y hacia el conocimiento de sí misma como algo que va más allá de la llana existencia desconectada de toda percepción, su vida habría sido completamente diferente, y todos los años transcurridos no se habrían borrado sin trascender, sin haber dejado huella.

Las cinco nos miramos... ¡Cuán breve es el tiempo del que disponemos en una vida!, pienso yo, y sé que todas pensamos lo mismo, porque hay algo que vuelve a unirnos como mujeres, y es la insaciabilidad en el sentido más positivo de la palabra... El ansia de paladearlo todo hasta límites insospechados.

«También sé que estoy aquí gracias a lo vivido hasta ahora... Por lo tanto, no me voy a quejar de aquello que no fue... Voy a disfrutar con plenitud de aquello que es.»

Ahora, Patricia reivindica una mujer en la cual no hay espacio para la queja que no

encuentra salidas... Reivindica la capacidad de encarar con orgullo lo que cada uno es y el valor de cambiar aquello que no te hace feliz.

Cristina..., tú la miras y se te humedecen los ojos. Sé que te hace feliz escucharla así. Sé que también piensas en todo el camino que le queda por recorrer y en lo decidida que suena su nueva voz, con el coraje recién descubierto. Sabes también que ahora, con el corazón y los sentidos permeables, Patricia está expuesta al dolor y a lo inesperado... Pero lo importante es el lugar desde donde lo vivirá, la plenitud absoluta de los momentos y la libertad de elección, incluso para dejarse traspasar por determinados dolores y duelos..., aquellos que luego te transportan a un lugar mejor, donde el olvido no será una trampa, sino un bálsamo, y donde la memoria no será una quimera, sino un placer. El placer de nombrar los recuerdos.

Yo quisiera morir consciente, morir recordándolo todo... Sentirme acompañada y poder evocar los momentos, las personas, las palabras, las caricias y las miradas que me hicieron flotar de dicha, que me hicieron sentir «yo»..., aquellos que me trazaron y con los que tracé un camino paralelo a lo mecánico, a lo material, a lo rutinario, a la enfermedad, a las trampas del orden social donde la vida, después de la adolescencia, y en algunos casos antes, se convierte en una carrera contrarreloj para ganar dinero para vivir y vivir para ganar dinero. ¿Es esto la vida? ¿Es ésta la vida soñada por Dios para nosotros? Yo pienso que no. Pienso que si nacemos tan sutiles, tan propensos a una infinidad de pensamientos, de actos, de creaciones, de percepciones... Tan llenos de curiosidad, de conocimiento, de capacidad de transformarlo todo una vez y otra..., si nacemos cargados de empatía, de misterio, de amor..., si nacemos y somos capaces de dimensionar lo simbólico, de dimensionar nuestro cuerpo y nuestra mente, de dimensionar a Dios... Entonces, nacemos para poder caminar precisamente por los caminos paralelos trazados con el alma.

«¿De qué tienes miedo? —le pregunto a Patricia—. ¿A qué le temes?»

«A nada —me responde ella—. Me veo con fuerzas suficientes para enfrentarme a cualquier cosa.»

Sus ojos resplandecen al decir esto. Creo, de verdad, que no lo dice por decir. Estoy segura de que aquí y ahora cree en ello firmemente.

Esto me impacta, me retrotrae a mí misma... ¿A qué le temo yo...?

Y tú..., ¿a qué le temes?

EL OLVIDO Y LA MEMORIA

Querida Adriana, sin memoria un ser humano deja de ser, se siente perdido y débil, su inseguridad se agudiza y desconfía de todo lo que le rodea. La memoria es la radiografía de nuestra alma, nos ayuda a recordar lo que hemos hecho, cómo hemos avanzado o retrocedido; pero, sobre todo, la memoria nos regala la posibilidad de conocernos a nosotros mismos.

Estabas absorta en tus pensamientos, te miré y lo vi, estás en otro lugar y en otro momento de tu vida. ¿Dónde has volado, Adriana? ¿En qué país, en qué lugar, en qué recuerdos te has sumergido? En el pasado..., hace mucho tiempo..., y me devolviste mi memoria en esa mirada, de pronto me vi joven, capaz de comerme el mundo e ir atrapando la vida a bocanadas grandes, recuerdo que me fastidiaba dormir porque entonces sentía que era una pérdida de tiempo que mi cuerpo, mi mente y mi alma necesitaran horas de muerte (así llamaba yo a dormir) para volver a la vida. La memoria es mi mejor amiga. Al cabo de los años, cuando acepté y comprendí todo lo que he encontrado en mi caminar, lo que acepté y lo que rechacé; mi memoria me sirve para saber quién soy y no desviarme de mi naturaleza. Mi memoria ha sido mi compañera fiel, silenciosa a veces, brutal otras, tierna en ocasiones y destructiva también. La memoria se hace a ti, a lo que tú quieras construir con ella; como enemiga... es feroz, como aliada es inconmensurable, nadie como tu memoria, nadie mejor que tu memoria como compañera de viaje, te avisa, te acoge, te recuerda quién eres cuando tienes el valor de aceptarlo y de verlo, te advierte del peligro inminente que corres si no consigues hacer el cambio que necesitas, también te persigue como una leona en celo, y te muestra tu dolor con toda la crudeza de que es capaz; pero si tú la dejas, también se acerca a tu felicidad y te la enseña... Son tantas sensaciones a lo largo de todos estos años las que hemos vivido juntas mi memoria y yo, que hoy se ha convertido en esa alma gemela de la que no te puedes separar, porque sin ella estás incompleta, te falta una parte para que todo vuelva a estar bien.

Mi memoria ha sufrido conmigo, hemos llorado juntas, hemos amado, hemos volado por las nubes, ¿cómo no voy a quererla? Ahora ella está en calma, después de las batallas, los temporales, las olas gigantescas que en muchos momentos estuvieron a punto de acabar con ella y conmigo.

Mi memoria y yo hemos sobrevivido a todo, somos supervivientes, y así hemos llegado a la complicidad, a vivir con cierta armonía juntas, cercanas; eso sí, hemos tenido

que ganarnos la una a la otra con respeto, y mucho, mucho amor.

Volví... a ti, a donde estábamos las dos tomándonos ese café tan rico que tú y yo siempre elegimos, y de nuevo me preguntaste: «Y entonces, si la memoria es todo eso para ti, ¿qué ha significado en tu vida el olvido?» «¿El olvido?, pero ¿existe?» Nos miramos y nos sonreímos la una a la otra desde nuestros ojos... ¿Qué habría sido de nosotras sin el olvido, Adriana?

Vuelvo atrás en el tiempo; si cuando los médicos estaban tan seguros de que mi vida sería corta y enfermiza que apostaban con suerte que quizá llegaría a la pubertad, imagínate si no hubiera decidido olvidar aquellas sentencias equivocadas, ¿qué habría pasado? Posiblemente se habrían cumplido sus malditas predicciones.

El olvido llegó a mi vida sin pararse. Borró de golpe lo que me había hecho tanto daño; fue como un huracán que destruye todo lo que toca. Ese día decidí vivir a toda máquina, parar el tiempo si fuera preciso y saltarme los diagnósticos equivocados de esos señores tan serios, porque ellos también olvidaron algo muy importante cuando me sentenciaron a muerte, mi capacidad de olvidar lo que ellos firmaban, y mi elección de seguir viva. En esos momentos, sin el olvido, no lo habría conseguido, en mi corazón y mi mente se instaló el sí quiero y sí puedo, voy a vivir. En ese instante de la elección la maquinaria se puso en marcha y con una goma borró dieciséis años de dolor, sufrimiento y miedo.

Para eso sirve el olvido, para seguir adelante, para que no te rompas por dentro ni te invalides a ti misma, ni aceleres el proceso, simplemente te instalas en otro mapa mental, más vital, más energético, y decides olvidar lo que no te sirve, lo que no te da, lo que no te nutre, lo que te va dejando desnuda, sin refuerzo. Sin el olvido la vida sería mucho más difícil y no seríamos capaces de renovarnos y volver a nacer día a día.

Me escuchabas en silencio, mirándome fijamente, y estando allí a mi lado, como tú sabes hacerlo. Seguramente intentando digerir lo que te confesaba, porque me estaba confesando a ti, ¿verdad? Fui sincera, profunda, en esos momentos ¡te estaba dando tanto de mí...! Y tú lo sabías, también, y lo recibías con esa ternura tuya que puede conmigo cuando la siento.

Y de nuevo me preguntaste: «Cristina, ¿qué impulso te mueve para que te conviertas día a día en una buscadora de felicidad?» Ahí sí, ahí note que mi sonrisa se esparcía por todo mi rostro, se iluminaron mis ojos y en mi estómago empezaron a bailar mariposas de mil colores. El impulso, me preguntaste... ¿Hay algo o alguien más importante que la vida por sí misma? Todavía no lo he encontrado, y no creas, que sigo buscando; pero en mí fueron las nubes, el cielo, el mar, el campo, la noche, el día, una sonrisa, una buena canción, alguien que te da los buenos días y te sientes acogida, la primera vez que haces

el amor por amor, abrir los ojos cada mañana y cerrarlos cada noche. Me conmuevo sólo de pensar en el impulso que hace elegir la vida y no la muerte. Existe en tu interior, cerca de las entrañas, al lado del corazón, y se mezcla con tu sangre, que se mezcla en tus venas. Ese impulso que renace con el día se vuelve fuerte, cada vez más intenso, a medida que lo saboreas y lo tocas.

Existe un momento único, Adriana, es aquel que consigues coger casi con tus manos, lo sientes como algo sólido, entonces la vida te envuelve entera. No podría prescindir de todo lo que te he contado hasta ahora; toda esa amalgama de sensaciones, vivencias, emociones soy yo; y todas y cada una de ellas hacen posible ese impulso renovador y alquímico cada día y cada instante.

Día a día estoy haciendo un camino solitario de desprendimiento de lo externo, llegará el día que consiga quererme lo suficiente, levantarme por la mañana, y consiga que mi mundo interior sea suficiente para sentir la vida a borbotones, dar de mí porque tengo tanto que no se acaba nunca, porque me lleno todos los días y me vacío también. Quiero sentirme en paz con la vida y con la muerte, la vida sigue fuera, pero la mía es la que va transformándose poco a poco. El desapego va apareciendo y la serenidad se acerca.

Me hablas de la mujer, me cuentas cómo vives tu feminidad, y no puedo dejar de revivir mis años de juventud. Mi objetivo era convertirme en la mujer diez, dirigiendo empresas, educando a un hijo, cuidando a mi madre, llevando una casa, y además tenía que encontrar tiempo para mí y compensar todos los «deberías» con algún que otro «quiero», para equilibrar esa exigencia infinita que me imponía constantemente, que la sociedad y yo nos imponíamos.

¡Qué error tan enorme! Y qué inocencia a la vez creer que así se puede sobrevivir sin un minuto de respiro, sin concederte unas horas a la semana para hacer nada o simplemente dejarte ir; caminar ligera sin tanto equipaje y sin exigirte esa responsabilidad que todo lo quema a su paso. Quieres creer que sin ti el mundo se para, y que tú eres el motor de otras personas que por ti viven y son felices, por tu trabajo, tu esfuerzo y dedicación. ¡Qué prepotencia!, ¿no crees? O quizás existía tanta inseguridad en mí que necesitaba crearme toda esa ficción para que la ansiedad no hiciera estragos en mi estómago. No podía pararme porque si lo hacía quizá no me gustaría lo que viera, quién sabe, podía añadirse un conflicto más a los que no había asumido todavía. ¡Imagínate que te paras y lo ves! Te das cuenta de que el mundo sigue adelante sin ti, que tu hijo crece y va haciéndose responsable aun en la adversidad, que si decides marcharte de la empresa donde has dejado parte de tu vida, no ocurre nada, incluso vislumbras sonrisas de tranquilidad por la ausencia de exigencia. Entonces, ¿qué pasaría con tu vida? Te pertenece, te pertenece ahora y no sabes qué hacer con ella. El tiempo comienza a andar

a cámara lenta y comprendes que no eres capaz de gratificarte con tu tiempo libre, ¿qué puedes hacer con él? No lo sabes y nunca lo has sabido, pero eso sí, crees conocer lo que significa cada aliento de tu hijo, sabes cuándo tu madre está mejor, cuando llegas a la oficina con una sola mirada deduces cómo va a transcurrir el día pero, y de ti, ¿sabes algo de ti? ¿Te reconoces cuando caminas? ¿Comprendes el porqué de tu rabia? Y rezumas carencias no vividas desde siempre y no las identificas; sencillamente esa mujer que corre todo el día, que hace sin parar cosas por los otros, esa mujer no sabe quién es, qué quiere, qué necesita, qué desea para sentirse completa sólo por unos instantes. Sólo porque existe, si se toca conoce su piel, si se huele siente su perfume y si camina reconoce sus pasos, ésa es la feminidad que yo reivindico. Ahora sí soy capaz de alzar mi voz, gritando si es preciso, con la firmeza del árbol fuerte, grande y bello que le ha dado el paso de los años. Con la misma firmeza ahora sí soy capaz de vivir mi feminidad con toda su dimensión, exigiendo mi placer cuando comparto mi piel con alguien, pidiendo el respeto que me merezco de los demás y de mí misma, abriendo las capas de mi libertad para decir alto y firme lo que pienso, y haciendo día a día todo aquello que me permite caminar más cerca de mi sombra como mujer y como ser humano.

Abandonarme en la ternura, el deseo, la pasión o la tristeza y no dejar ni un solo hueco de aire tóxico y manipulador que me lleve por senderos no queridos, sólo así entiendo ahora mi voz de mujer, de madre, de compañera, de amiga. Mi voz y la de los demás irán juntas pero sin mezclarse, sin regalos baratos envueltos en papel muy caro y vistoso pero que se rompe al menor soplo de viento.

EL MIEDO Y LA CONFIANZA

Vuelvo a mirarte, Cristina..., y pienso en lo fuerte que pareces, en lo fuerte que eres... Tenemos justo treinta años de diferencia, y pienso en lo joven que te sientes, en lo joven que te vives... En ti todavía se leen los restos del deseo, los efectos ruborizantes de las caricias, el brillo inconfundible de una mujer que desea, de una mujer deseada. Únicamente entre mirada y mirada hay minúsculos vestigios de miedo, ese miedo al cambio del que tantas veces tú y yo hablamos, mientras saboreas algo dulce para poder tomar una de las pastillas que se han hecho ineludibles, pese a mantenerlas a distancia en la medida de lo posible, y mientras yo bebo litros de agua o algún café largo, interminable..., como nuestras conversaciones...

Tú me dices palabras bonitas de lo bella que te parezco, y yo me avergüenzo y me vuelvo a sentir pequeña, diminuta, vulnerable... e inclino la cabeza y secretamente pienso en el miedo que me entra a veces, cuando me pilla desprevenida, de no llegar a vivir hasta tus años, o de no conseguir vivirlos con la plenitud, el bienestar, la fuerza, la belleza del alma y la confianza que creo que cada día de los vividos se merecen. Pero justo allí es donde más alerta hay que estar, tener el coraje y el impulso necesarios y exactos para mirar al miedo de frente, y volverlo poco a poco un aliado especial y extraño, que sirva, al igual que una obstrucción en un trabajo creativo, para abrir la mente y la imaginación a nuevas posibilidades y opciones para crear un camino de autenticidad, donde la felicidad deje de ser un tabú permanente y sea un derecho natural simplemente por el hecho de nacer, igual que el derecho a la dignidad, y el derecho a la libertad de pensamiento..., intrínsecos a nosotros, a nuestra esencia..., igual que el derecho sobre nuestro cuerpo y el derecho a decir no. Igual que el derecho a la fe.

¿Cuánta fe hemos depositado tú y yo, Cristina, en nuestro derecho a vivir, a sobrevivir? ¿Cuánta? ¿Se puede cuantificar la fe...? O acaso ocurre otro proceso alquímico sorprendente, en el que cuanto más fe depositas y entregas, más confianza se genera en ti y en todo lo que te rodea...

Todos tenemos nuestros temores, todos podemos percibir esa «sombra», si es que la sombra no nos ha absorbido por completo, y sin embargo seguir caminando valientes.

La música que nos envolvía a las cinco ha disminuido de volumen, y nuestras voces se suavizan sincrónicas. No sé por qué, pero sonrío, me siento feliz siendo cómplice, jugando al mismo juego..., encontrándome acompañada. Es bonito. Es bonito percibirlo en un mundo planteado de un modo cada vez más individualista, como concepto y

organización. En un mundo donde, sin embargo, el espíritu indomable, que nos caracteriza como humanos, grita, clama con un gemido incesante, por la sensación de comunión, de contacto, de empatía sin tapujos, de fluir el uno con el otro, uno dentro del otro... Y sí, tú y yo, Cristina, tú y yo y las tres mujeres que nos acompañan..., tú, yo, y muchas, muchísimas mujeres clamamos, cada una a su manera, por un contacto entero entre mujeres, entre mujeres y hombres, entre hombres..., entre personas... Mirar de verdad, escuchar de verdad, tocar, oler, degustar y percibir de verdad. Con todo el peso y la levedad del alivio que ello supone. ¡Sin miedo!

Qué fácil decirlo y cuán difícil hacerlo. Pero al nombrarlo, al decirlo una vez y otra, al reconocerlo como una necesidad de nuestro ser, se vuelve quizás cada vez más asequible y cobra cada vez mayor dimensión real. Porque los anhelos, los deseos, los sueños... Habrá que convertirlos en realidad tarde o temprano para sentir que nuestro estar ha merecido la pena. Una vez, Cris, un amigo tuyo te dijo que lo que te hace diferente es que te atreves a vivir lo que otros sueñan. Y así es. Te atreves. Te arriesgas. Y eso da miedo. Pero también, al hacerlo pese al miedo, uno se vuelve más valiente y la confianza en el impulso, en el instinto de uno, se aposenta y se extiende a los rincones más insospechados del organismo.

Nuria se estremece... como si hubiese intuido mis pensamientos, y se acomoda despacio, preparándose para ser el centro de atención... Yergue un poco la espalda, y su cuerpo menudo, fibroso, contorneado... se hace presente, y su rostro de ojos oscuros se ilumina, inundándose de energía... Y nos vuelve a contagiar a todas. Todas podríamos haber sido Nuria, todas podríamos ser Nuria.

Y su miedo, el miedo que tuvo que atravesar, se hace durante unas horas el nuestro. Y las dudas, las sombras, la parálisis y el precipicio oscuro que acompañan a ese miedo también lo revivimos junto a ella. Estamos junto a ella. Enteras, con todo nuestro ser. A veces, ayudar significa justamente eso. Simplemente estar junto al otro. Estar con el otro.

Cristina, tú cuentas que Nuria llegó a ti, a tu consulta, totalmente diferente de lo que ahora parece y es... Ella, Nuria, te escucha y comienza a hablar, y de sus ojos se precipitan las lágrimas, libres y desnudas de cualquier complejo que el hecho de llorar, así, de repente, delante de todas nosotras, podría suponer. Pero para nuestra Nuria, la que de alguna manera nos vincula aún más a ella, al desnudar su estar conmovida y trémula frente a nosotras, las lágrimas, sus lágrimas, ahora suponen un tesoro reconquistado, un río de alivio para las dudas, las inquietudes, las decepciones..., que siguen existiendo, pero que ahora se cuentan, y cuentan dentro de ella de distinto modo, desde un caudal distinto... El caudal inagotable de todo lo que uno puede llegar a sentir, a

percibir, a expresar. Las lágrimas de Nuria son como mensajes no hablados que sin embargo nos dicen: «Aquí estoy. Y ya no tengo miedo de dejarme ir..., de darme, de dar... ni de recibir.» Y sí, así me llegan sus lágrimas y me tocan el corazón. Me conmuevo sentirla tan confiada y con tanto arrojo de sí misma.

Miro a Cristina, tan bella... Miro a las demás... Todas en silencio, sosteniendo la magia del momento, dejándose empapar del placer de saborear recuerdos que, igual que en un cuento, al final tendrán una razón de haber ocurrido.

Nuria habla del pánico. El pánico que envolvió toda su infancia, toda su adolescencia, parte de su juventud...

Una imagen tremendamente impactante se posa ante mis ojos: una niña pequeña, que casi parece un niño, se aprieta contra una pared, tiembla, sus ojos enormes se desorbitan y todo su cuerpo se tensa como la cuerda de un arco..., pero no hay flecha. Ojalá la hubiese, pero no la hay, y la niña se escabulle, huye de alguien o de algo. Busca refugio, pero ese refugio tampoco existe. Únicamente la sensación de estar sola ante un precipicio, donde no hay una guía, no hay referencia, no hay la referencia de una madre ni de un padre con los que poder contar, a los que poder recurrir, en los que buscar ayuda..., ya que el horror era el reflejo de ambos.

El horror que la pequeña niña Nuria olía, respiraba y a su vez emanaba, cada vez que veía a su madre postrada en la cama, incapaz de moverse, de hablar, de hacer nada..., y así durante días, semanas enteras hasta que alguna vez, cuando por fin conseguía movilizarse y cobrar vida por sus hijos y por ella misma, el maltrato de su marido, del padre de Nuria, rápidamente la reducía de nuevo al estado de la vegetación y del dejarse morir.

Y los cinco hijos volvían a la soledad. Nuria volvía a la soledad y se deshacía de dolor y de miedo. Miedo al abrirse la puerta, y al escuchar la voz del hombre, del padre que con olor a alcohol y a rabia comenzaba a gritar y a injuriar. Los demás entonces callaban y Nuria corría en busca del aislamiento donde todo se difuminaba y el maltrato desgraciadamente cobraba cotidianidad. La cotidianidad que el hábito genera... Pero qué extraño el habituarse a la total ausencia de la madre, a la ausencia del padre, a la ausencia completa del afecto y del bienestar.

Y entonces yo pienso, Cris, en nuestros hijos... En el mío y en el tuyo, en lo maravilloso que es poder encontrarlos asustados y desorientados por algo que les ha ocurrido o conmovido y poder abrazarlos, con fuerza, con firmeza, con entrega... Entonces el pequeño cuerpo de mi hijo se expande aliviado, se desarma como si estuviese hecho de algún material esponjoso y cálido, y sus lágrimas cesan o afloran en señal de relajación y de haber encontrado el reconfortamiento que todos anhelamos. Que

todos tímidamente imploramos al mirar a los ojos de las personas con las que compartimos nuestro camino más íntimo, nuestros sentimientos más hondos y también los más punzantes, los más púdicos o los más osados...

Pero pese a haber sido abrazados de niños, a veces crecemos distanciándonos de la esencia de nuestro percibir el mundo y nos envolvemos en artificio, en corazas, en esquemas rígidos..., con tal de no pedir ese abrazo anhelado y recibir un no por respuesta.

El mismo «no» que Nuria escuchaba continuamente de los labios de su padre: «No. No. No...»

Me encantaría poder encontrarme con esa pequeña niña atemorizada y resguardarla de los huracanes del desamor y de la crueldad deliberada. Apretarla contra mi pecho y nutrirla. Leche y amor... y caricias. Acariciarla hasta serenar su mirada encendida.

Tú, Cristina..., que podrías ser mi amiga para siempre, que podrías ser mi madre para siempre y también mi hija, de alguna manera hiciste justo eso por Nuria: nutrirla y ayudarla a entender que puede alcanzar la manera de nutrirse por sí sola, y de amarse..., pese a no haber sido abrazada jamás.

Por ello, Nuria, siempre que te mira, lo hace con los ojos abiertos, claros, afectuosos. Toda la vida de Nuria ahora es diferente, absolutamente nueva.

«Ahora mismo vivo con la sensación de ser la Nuria que no fui...», dice Nuria con un volumen de voz claro y alto, y cuesta imaginarla incapacitada para hablar, trabada y tartamudeante ante los demás, ante una conversación cotidiana, amena, convertida para la Nuria de antes en una auténtica pesadilla.

La niña Nuria ante la voz, ante las palabras de su padre maltratador: «Tú, a callar... Que callada estás mejor... Tú no tienes nada que decir, tú no pintas nada en esto... ¡Calla...!»

La vida de Nuria estaba totalmente acotada por el miedo. Todo, absolutamente todo le suponía un reto imposible de afrontar... Vivía con el corazón en un puño, hasta el punto de que la pérdida de la pila de un reloj se convertía en algo terrible, ante lo cual Nuria no sabía cómo reaccionar, directamente caía en la desesperación más absoluta y deseaba huir...

«Atrapada por el miedo...» Así define Cristina a la Nuria con la que se encontró, a la Nuria que, movida un día determinado por la sensación de estar cada vez más alterada, cada vez más dominada por un estado de desequilibrio mental y emocional, tal y como ella misma lo narra, buscó la fuerza necesaria dentro de sí misma para hallar la salida, para intentarlo.

En cambio, la mujer que me roza ligeramente en esta cafetería cuyas sombras se esparcen a medida que las horas avanzan, se muestra valiente, serena, confiada en el proceso espontáneo de las cosas, de las palabras, de los hechos... Y esa mujer también se llama Nuria. Es otra, pero es otra precisamente por haber vivido lo vivido, y no renegar de ello.

Esa pequeña niña nerviosa y rígida que se mordía las uñas hasta hacerlas sangrar una y otra vez ahora mueve las manos gráciles y sensuales en dirección a su cuello, y lo masajea ligeramente, casi en un gesto inconsciente... Un gesto relajado y puro.

En ese gesto de veras tan puro y directo, Nuria parece hablarnos del anhelo de un abrazo, de un abrazo que la contenga..., y escuchar muy, muy cerca de su oído las dos palabras más sencillas, tan mal usadas tantas veces y otras tan racaneadas... Las dos palabras que, sin embargo, si se dicen desde el corazón, desde el vientre, desde lo que uno es y siente, llegan a ser las palabras más claras, más eficaces y más transformadoras que puedan ser dichas u oídas... «Te quiero.» Ya está. Fácil. Sencillo. Puro.

A Nuria nunca se lo decían, y ahora lo degusta al máximo cada vez que sucede, cada vez que las pronuncia o las recibe. Porque ahora ella sabe dar y recibir. Antes, su rígida coraza, construida a tres manos —por su madre, por su padre y por ella—, la hizo absolutamente incapaz de percibirse a sí misma digna de recibir cualquier cosa proveniente de fuera y a su vez se vivía como alguien que no tenía nada que dar, que ofrecer... Pero eso no era consciente, no estaba planteado así de claro en su cabeza. Simplemente, en su minúsculo mundo retraído, no había lugar para nada más que para el miedo.

Nuria estaba viva, pero no se sentía vivir. El hecho de sobrevivir ya era suficiente, era de sobra... Un micro-mundo en el cual refugiarse y huir de todo...

«Ahora, para mí, el dar y el recibir es lo más bonito del mundo», dice Nuria, y vuelve a emocionarse, así, sin más. Y eso parece. Su mundo, por lo que cuenta, por cómo lo cuenta y por lo que consigo ver o intuir, ahora es amplio, abierto, lleno de curiosidad por todo y por todos.

Un mundo en el cual no cabe la mujer como víctima ni el hombre que golpea, amenaza, destruye... El hombre como maltratador... Cualquier indicio de repetición, cualquier rendija por la cual esto pudiera introducirse de nuevo en su mundo es cerrada con absoluta firmeza por Nuria y por todo lo que ahora sabe, por todo lo que ha aprendido y sigue aprendiendo como mujer, como ser humano libre y consciente de esa libertad y del valor que dicha libertad conlleva. Ser libre para decir sí, para decir no... Ser libre para decir te quiero.

¿Cuántas veces, querida Cristina, has dicho esas palabras?, ¿cuántas veces has

querido?, ¿cuántas veces lo has dicho libre...? Libre para amar, libre para ser amada... Te miro ahora, Cris, y noto la presencia, en los matices de tus pupilas, de los hombres que siguen hablándole por las noches a tu corazón, tu corazón, que ha latido tanto, que late aún..., y esas dos palabras siguen surgiendo fuertes y contundentes con alguno de esos latidos de medianoche, o de media tarde... O en el mar, en el mar que tanto amas, y que tan arraigado está a tus células, a tu memoria... Y que te hace confiar.

¿Se puede amar sin miedo, Cristina...? Se debe, dirías tú. Se debe amar sin miedo. Sí. Yo sé que así debe ser, pero cuán complicado es sentirse digno del amor, sentirse valiente para soportar cualquier devenir, para sostener la frustración y para arriesgar dando y tomando... Para todos los que hemos sido niños heridos, el miedo sigue y seguirá siendo la trampa, la tentación siempre presente a la que, sin embargo, hay que reconocer como tal: una mera trampa. Algo que no tiene el poder de paralizarnos, el poder de quitarnos la libertad, las cualidades, los impulsos, la capacidad de amar...

Nuria ahora ama. Sabe amar y le gusta amar. Y es amada.

«Es increíble lo que ahora estoy viviendo con mi pareja... Todo. Todo lo es... Cualquier gesto tiene complicidad. Ahora nos amamos de verdad y nos lo mostramos y decimos con las miradas, con las palabras...»

Amar de verdad. El hombre asomándose al alma de la mujer... y la mujer asomándose al alma del hombre. O la mujer mirando hacia dentro de otra mujer, viendo..., o el hombre viendo a otro hombre. Seres humanos libres asomándose al interior de otros seres humanos. Ofreciendo partículas de integridad y de verdad, apoyando al otro, estimulándole a desplegar lo mejor y lo más auténtico... y entregándose sin miedo a perder, a perderlo todo, aun perdiéndolo.

Tal y como cuenta Nuria, tal y como ahora hace... Intentarlo. «No conformarte con lo que hay, ponerte las metas e ir a por ellas. Intentarlo y saber que no pasa nada malo si no se consigue lo que se desea al instante. Lo importante es partir desde la libertad e ir hasta donde queramos... Todas las posibilidades están, existen...»

«O se crean», casi al unísono decimos tú y yo, Cris, y volvemos a comprendernos sin más palabras, de nuevo empatizamos y nos deslizamos por las vivencias de la otra, acuden las imágenes que hemos compartido, que conocemos la una de la otra.

De repente, me sobresalto durante un instante y todas nos movemos ligeramente inquietas... Me doy cuenta de que algo queda flotando en el aire que compartimos las cinco, algo queda por preguntar sin tapujos y sin pudor. Porque ese algo es el desencadenante de toda la historia de Nuria, de lo que fue y de lo que es. Y me lanzo, arrojando la pregunta: «Y tú, ¿alguna vez te has pensado culpable por lo que ocurría entre tu madre y tu padre? Por la imagen aquella que recuerdas del hombre buscando por toda la

casa a su mujer, insultándola, amenazándola y llamándoos a todos los hermanos compinches de sus faltas... Y cuando tu madre, Nuria, habría la boca para defenderse, para defenderos..., vosotros la mandabais callar, la mandabais que se fuera a su cuarto para que cesara el conflicto, el tormento del padre..., pero en el fondo os convertíais precisamente en cómplices de él y de su vejación, porque, quitándole valor a su derecho a defenderse, a replicar, llegabais a acusarla de provocar esa situación...»

Nuria se queda durante unos instantes sopesando la respuesta, porque ahora, para ella, las palabras tienen muchísimo valor, y las busca hasta encontrar las que mejor expresen aquello que siente. «Más que una sensación clara, era como algo que flotaba en el aire y que me hacía retraerme en mí misma cada vez más y más..., y cada vez había más dolor, más impotencia, más miedo, y de nuevo los ojos de mi madre desde la cama, su rostro, su expresión...»

Ahora, Nuria, con un par de años más que yo, cuida su redescubierta capacidad de afrontar, de afrontar la vida, de afrontarse a sí misma, como un cofre lleno de tesoros. Y esos tesoros se muestran con todo su esplendor ante ella y ante las personas con las que Nuria decide compartir sus horas, sus días.

El miedo transitado... El miedo transformado en confianza, en fe en la propia capacidad de ser, de vivir, de estar. De nuevo tu «alquimia», Cristina... Te miro y sonrío. Tú sonríes, un poco de lado, un poco provocadora... Noto que quieres muchísimo a Nuria, que te hace feliz verla como la ves ahora, esta noche, en este lugar.

Realmente es asombroso cómo Nuria, al decidir actuar, al atravesar el miedo, el suyo, consigue entrar en un mundo que la atemorizaba, un mundo que ella percibía externo a ella misma, un mundo que ahora siente como propio, el cual ella también genera, transforma y disfruta.

«Ahora pienso en el presente, estoy en el presente.» Escucho a Nuria, y aunque a estas alturas esta frase, dicha así, puede parecer un lugar común, un tópico, para Nuria es una realidad recién hallada y es una realidad auténtica, igual que Nuria lo es. Es auténtica, es valiente, es alguien capaz de ir más allá de lo que podrían haber parecido sus posibilidades. Y tiene razón, el futuro es tan sólo una posibilidad de seguir siendo, pero no existe más que como un deseo de proyección, un anhelo imaginado y una continuación de nuestra línea de pensamiento... Por ello tenemos la posibilidad de elegir qué pensar, qué imágenes extender hacia ese futuro que proyectamos. Para ello, y Nuria lo dijo bien, lo mejor es ser en el presente, ser entero, completo, auténtico, arrojado y consciente en el único instante que es real, el instante del aquí y el ahora.

«Nuria ha cortado muchas cadenas...», dices tú, Cris, y me haces pensar en cuántas cadenas tenemos que ir cortando continuamente, en cuántas cadenas queremos cortar y

en cuántas cadenas conseguimos cortar... Me pregunto también si yo arrastro muchas cadenas en mis tobillos, en mis muñecas, y hasta qué punto podría arrancármelas de golpe, en un abrir y cerrar de ojos, o si esas cadenas pueden llegar a convertirse en extensiones de mi cuerpo, de mis huesos, que son fuertes y frágiles a la vez, de mis emociones, que también a veces me siguen sobrepasando, siguen llegando más allá de lo que mi mente sabe encajar y añaden peso al metal de las cadenas... Y de nuevo hay que acordarse de bailar esos pasos en equilibrio entre cuerpo, emociones, mente y deseos... De nuevo pisar el suelo con el peso preciso para el tipo de baile que vas a ofrecer en la pista, con el que vas a sorprender y te vas a dejar sorprender... Pero eso sí, se necesita aplomo para bailar y la capacidad de arrojar el corazón sin miedo, sin miedo y con confianza.

LA DESESPERACIÓN Y LA FE

Querida Cristina..., dulce Cristina, fuerte Cristina, amplia Cristina... Cómo quisiera poder compartir contigo algunos secretos todavía no compartidos, de esos que caen y pesan en el fondo del espíritu. Caen como piedras de mármol y se quedan allí para dejarnos restos de melancolía, de tristeza, de dolor, de desesperación. La desesperación que a veces arrampla con todo lo que uno ha construido, ha aprendido, ha fortalecido en su interior... Pero hemos compartido tanto, que lo demás aparecerá en alguno de esos encuentros nuestros donde tú y yo nos resguardamos cómplices.

Vuelvo a observarnos a las cinco, cada una con su propio halo de misterio y con un brillo particular en la mirada..., cada una con su voz única, insustituible. Cada una de nosotras con su historia personal, que, sin embargo, es también la de otras, la de todas, la de todos..., porque hay un punto del espíritu humano donde las historias individuales convergen y se transforman en fragmentos de historias universales, cuentos que se narran, se recuerdan y se viven para enriquecer la experiencia compartida, aquella que nos entreteje a todos en un único manto hecho de poesía. La poesía del espíritu humano, que no tiene límites en su valor, en su ansia de transformación, en su deseo de alcanzar la felicidad...

Y allí está depositada mi fe, en la infinita cualidad de nuestro espíritu. Una fe en la que no cabe la duda.

Sentadas, relajadas y a la vez alerta, atentas a lo que es, a lo que está... Abiertas y receptivas a las demás, así, las cinco permanecemos sentadas alrededor de esta mesa, que se ha convertido en nuestra puerta de Alí Babá, la puerta de *Las mil y una noches*, que tan sólo se abre con el timbre de nuestras voces.

Alargo mi mano y toco la mano de Cristina... Es firme... y suave, es pequeña, como la mía, pero es distinta, como ella lo es..., como yo lo soy de ella. Y sin embargo, cuán parecidas. Patricia tiene unas manos alargadas, de dedos dulces pero nerviosos, inquietos... Nuria ha transformado incluso sus manos, aquellas manos pequeñas y contraídas, heridas, ahora se muestran como un trofeo de la batalla ganada, unas uñas largas y esculpidas tamborilean sobre el cristal del vaso. Y Ana, Ana, que todavía es un misterio sin revelar, luce unas manos perfectas. Unas manos bonitas, tranquilas, sin expectativas... Unas manos que parece que hayan sido acariciadas o besadas la noche anterior, o incluso tan sólo unas horas antes.

Cris..., en ese momento, tú aprietas mi mano, y a mí me encanta, me reconforta. Es

como si alguien te cuidara, como si te manifestara su intención de permanecer a tu lado, de estar junto a ti para lo que sea, para lo que tenga que venir, lo bueno y lo malo... y lo tibio. Para lo dulce, lo agrio, lo gustoso o lo desagradable. Para todo.

¿Cuántas veces has sentido la desesperación, Cristina?, ¿cuántos momentos de angustia, de duelo, de agitación?

Te veo de niña. Te veo pequeña..., muy pequeña, demasiado pequeña, demasiado delgadita, casi invisible... La enfermedad te ha estado chupeteando como un vampiro insaciable, un vampiro que se quería llevar tu alma, que te quería robar la vida.

Tú te agitas en la cama y lloras. Pero no lloras de miedo. Son lágrimas de desesperación, porque deseas tanto levantarte, caminar, correr hacia los cielos azules que ves por la ventana, jugar hasta perder la noción de los minutos... Deseas tanto la vida... Te repites en bajito una y otra vez que conseguirás vivir, que conseguirás levantarte y percibir el mundo, ese mundo que tanto amas, que tanto amabas ya de niña...

Ahora me miras a los ojos y las imágenes se funden en chispas de fuego. Eres también fuego, Cristina. Y a mí me gusta el fuego. Mi corazón también está forjado a fuego, hasta que sus latidos se han convertido en aves fénix que resurgen una y otra vez de las cenizas.

Tú eras niña a la vez que mi padre fue niño, a la vez que mi madre lo fue... Mi padre y tú nacisteis en el mismo año, en entornos y países diferentes, pero en un contexto político que se rozaba, que se reflejaba en todo lo que las personas decían, hacían y pensaban. Y en medio de todo ello, tú, desde tu pequeño cuerpo desnutrido, luchabas por sobrevivir... Yo todavía era parte de ese cielo que tú acariciabas desde detrás de la ventana. Yo nací cuando tú ya habías hecho el recorrido más difícil. Nací cuando cumpliste treinta años. Sí, treinta. Y te dijeron que te morirías siendo niña. Ya ves. Lo fácil que resulta decir determinadas cosas y condenar a alguien al sufrimiento, al miedo, a la angustia.

Cuando yo nací, muchas de tus pesadillas habían quedado atrás... Muy lejos, pero lo suficientemente próximas en la memoria como para no permitirles reaparecer.

Las pesadillas que tantas veces forman parte del día, de los días que también yo de niña viví. Son tantas..., pero pese a haber sido una niña muy dulce, sensible y de una salud quebradiza, también fui una niña fuerte, imbatible... Creo que la orden de sobrevivir, de seguir adelante, de avanzar pese a todo, ya estaba grabada en mis células a un nivel inconsciente pero absolutamente determinante. Esa especie de capacidad de soportar el infierno, que tal vez me pertenece en parte por la manera en que mi abuela sobrevoló por encima del campo de concentración, dejando que la pesadilla la traspasase pero sin aniquilarla.

Con cuatro años «soñé» que estaba a punto de morir y que después, durante ocho días, me debatía entre la vida y la muerte en aquel hospital de Bulgaria, donde los niños moribundos estábamos aislados como pequeños criminales sin ningún tipo de derecho. Ni a las visitas, ni al aseo, ni a la sed, ni a las repentinas e infantiles ganas de hacer pis. Una enfermera corpulenta y callada se acercaba a mi cama, me levantaba agarrándome por debajo de los brazos y, sin dirigirme la palabra, me depositaba en el suelo encima de un orinal metálico, blanco y oxidado, donde se suponía que debía hacer pis o lo que fuera, delante de todos los niños y niñas con los que compartía la estancia de las pequeñas almas perdidas. Yo era muy, muy tímida e intentaba explicárselo a aquella mujer, le pedía que me dejara ir hasta el aseo, le decía que yo podía andar, que no le supondría ninguna carga... Pero ella me empujaba hacia el orinal, dejándome allí encajada, con la piel de los glúteos clavada en el metal, y esperaba justo treinta segundos. Treinta segundos en los que para un ser humano la dignidad de otro ser humano era equivalente a cero. Otra cosa no, pero yo era orgullosa y coherente conmigo misma. Mi pudor, mi educación, mi coherencia no me los iba a arrebatar nadie. Así pensaba yo entonces, con cuatro años... Y si mi madre me había enseñado a no hacer pis delante de nadie, así iba a ser y punto. Y así era. Me aguantaba el pis hasta las dos o las tres de la madrugada, cuando ninguna enfermera iba a aparecer y cuando los niños ya estaban dormidos algunos o muertos otros. La muerte de la niña envenenada que permaneció en la cama que había enfrente de la mía me conmocionó. Era una pequeña niña que a mí me parecía mayor, porque tenía nueve años, y permaneció en la cama sin abrir los ojos en ningún momento, conectada a infinidad de tubos durante cuatro días. Me parecía Blancanieves, bella y delicada..., fascinante. La manzana envenenada permanecía en su interior hasta que vino el príncipe de la muerte y se la llevó.

Sus pequeños gemidos de la última noche, la única en la que salió algún sonido de su cuerpo, aún hoy, ahora, reaparecen en mi memoria y me hablan de lo efímero que es todo; la vida, la belleza, los fantasmas..., y me recuerdan lo importante que es, por lo tanto, vivir. Vivir dejando lo mejor de uno en la estela pequeña y brillante de cada uno...

Son muchas las pesadillas recordadas; las que reposan enterradas y silenciosas seguramente también sean muchas, pero no las temo. No me despiertan a mitad de la noche empapada en lágrimas..., ya no. Temo más a los sueños, a las metas prefijadas, a los deseos, a la necesidad de conseguirlo todo de inmediato, y a la falsa sensación de fracaso, de fracaso rotundo si esos propósitos no se materializan rápidamente. Ésos sí que siguen inquietándome, inquietándonos las noches, y a veces nos impiden arrojar luz al sitio adecuado. Y así nos roban muchísima de la belleza que nos corresponde, envolviéndola entre tinieblas. Entonces dejamos nuestra mirada demasiado tiempo posada sobre un diminuto fragmento de dolor hasta llegar a identificarnos con ese dolor,

con la desesperación. Y nos contraemos, nos comprimimos como amebas sin forma, que se ven continuamente sometidas a los estímulos y a las agresiones que provienen del exterior.

Pero a veces disponemos de las posibilidades y de los recursos para no quedar a merced de lo externo... «Debemos... —dirías tú, Cristina, nuevamente—. Y si no los tenemos a mano, debemos aprender o reaprender a generarlos...» Y yo te sonreíría amorosa, porque me despiertas amor con tanta firmeza y tanta lucha a las espaldas... Y tienes razón, de eso se trata, de aprender o reaprender continuamente, estar alerta para ir hacia aquello que sirve y para dejar atrás aquello que ya no tiene razón de ser ni de seguir formando parte de nosotros, de nuestro trayecto.

Vuelvo a ver a las dos niñas, a Cristina niña y a Adriana niña... Un mundo sensorial, un mundo de pasión contenida que, a veces lava, otras cascadas de agua, derriba un universo entero para crear otro en su lugar. Un nuevo universo más habitable que el anterior, donde las heridas, a fuerza de fe y de jugar al mus con la memoria, aparecen un poco más cicatrizadas que en el universo que ambas niñas dejaron atrás. Cada una con sus recursos, a su modo..., pero haciéndolo. A veces eso es lo importante; hacer determinadas cosas que van a salvarte, sin pararte a pensar cómo las has hecho. Simplemente confiar, tener fe en el propio coraje e inspiración, y actuar. Actuar. Accionar. Activar-activarse...

Eso precisamente hice yo para poder sobrevivir al dolor infinito del alma, y al pudor, a la vergüenza, al rubor, a la frustración que no hallaba luz, que los abusos sexuales a los que me sometió mi primo me provocaron... Yo tenía siete años y después ocho. Él era mayor. Sabía lo que hacía y cómo lo hacía. Yo no entendía nada. Fue un mar amalgamado de sensaciones, pensamientos y pánico. No me penetró, pero me tocó, se frotó, se masturbó, me obligó a tocarle una vez y otra, me amenazó con cosas con las que se puede amenazar a una niña para obligarme a mirar y a escuchar cómo se masturbaba en la cocina de mis abuelos...

Un infierno.

De nuevo mi espíritu indomable y mi claridad conmigo misma, un día me despejaron mínimamente, lo justo para coger el valor necesario para hablar con la única persona que yo pensé que podría salvarme. Mi madre. Así lo hice. Le conté como pude, lo que pude..., me eché a llorar. Mi madre, mi salvadora..., de repente, en un gesto totalmente inesperado, me dio una bofetada, cruzándome la cara como con un látigo.

¿Por qué...? Mi corazón nunca podría justificar aquello. Mi cabeza, con los años, ha comprendido, la ha comprendido a ella, pero bajo ningún concepto la ha justificado. He

comprendido su impotencia, su horror, su miedo, su desesperación... Pero no hay ni un ápice de amor por una niña de ocho años en aquello que hizo y en lo que después no hizo... Y no hay un ápice de cordura, de coherencia, de conocimiento... ¿Por qué...? Allí se queda.

La madre de mi primo le hizo la maleta a su hijo y le mandó de viaje. Un ser que acababa de denigrar a una niña era enviado de viaje para no cargar con la responsabilidad, con la verdad, con el dolor de la niña, para no ser señalado como aquello que era: un chico adolescente, trastornado, al que le daba placer abusar de una niña pequeña...

¿Cuántos abusos soportamos las niñas, las chicas, las mujeres...? ¿Cuántas vejaciones encubiertas y claras...? ¿Cuánto derroche de sexo no deseado, de injusticia, de magreos lubricados por el éxtasis que provoca el poder y la impunidad...? ¡Mírame, Cris...! Mírame a los ojos con amor y con ternura...

La madre de mi primo, hermana de mi padre, siendo ella enfermera tuvo la «brillante» idea de llevarme a un médico forense amigo de su marido, que a su vez era médico forense, para que me examinaran. Yo preguntaba por qué, pero no me decían nada, así que me formé mi propia realidad. Me imaginé que estaba embarazada, ya que había escuchado a algunas niñas contar que si un hombre y una mujer dormían juntos y se «tocaban», podrían nacer bebés. Yo no había dormido con mi primo. Pero él sí que se había metido en la cama donde me obligaban a dormir la siesta... Los adultos se limpiaron la conciencia asegurándose de que yo era virgen, ya que no había habido ningún tipo de penetración, pero a mí no me dijeron nada... Así que estuve un año entero sintiéndome embarazada, esperando a que un bebé naciera en cualquier momento, preparándome para ser madre con ocho años. Llegué a imaginarme el tipo de vida que tendría que hacer con mi bebé, y lloraba pensando en la vergüenza y en el horror que supondría dejar el colegio, el parque, los amigos...

Mi hijo tiene ahora ocho años. Tan sólo ocho años de vida.

También esa pesadilla se convirtió en un universo caduco y supe no quedarme colgada en aquel pozo de tanta soledad. Cogí la sabiduría que aquello me había transmitido, lo demás lo convertí en arena... y volé... Volé muy alto durante algún tiempo para dejarlo bien atrás y comencé a escribir con una asiduidad empeñada. Quería registrarlo todo... Plasmar las cosas tal cual ocurrían o modificarlas por arte de magia a través de la escritura.

Igual que tú, Cris, hiciste tu equipaje y volaste lejos de la Cristina que había estado condenada a morir. Lejos, Cristina... Muy lejos de cualquier condicionante, de cualquier rostro que te recordara las horas de duelo y desazón.

Pero hay algo, Cristina, que quiero decir, que creo que es importante para mi caminar presente y futuro... Quiero decir que ahora no tengo rencor hacia mis padres, que de algún modo consintieron en lo sucedido... Duele, cuando hago presente ese hecho, pero duele sin resentimiento...

Mi madre, mi padre, mi primo... hicieron lo que hicieron, actuando desde sus propias heridas no sanadas, desde sus propios vacíos de amor no colmado, desde su desconexión más dramática con la verdad, con su verdad. Y en el fondo todos buscamos ese amor... Algunos lo hacen arrastrándose a ras del suelo, otros arañando pedazos robados, otros a ciegas... Y de repente uno se levanta y mira al que tiene enfrente. Lo mira auténticamente, desde lo que es; desde lo que siente, piensa, desea..., sin atajos, sin obstáculos, uno frente al otro con lo que haya, sea grande o pequeño, sea bonito o feo, sea complejo o simple, sea cómodo o nos ponga vulnerables... De tú a tú. Siempre es mejor así.

Y estar así, de tú a tú, da confianza. Confianza en uno mismo y en el otro. A partir de ese estar puede germinar una relación, un contacto real. Aunque el encuentro dure tan sólo unos momentos.

A veces, un amor entero puede culminarse en esos cinco minutos vividos plenamente. Un beso de un minuto puede convertirse en una presencia constante que se recuerda a lo largo de años, de décadas... Porque dos personas han conectado desde una intimidad plena, desde una transparencia que contagia... La intuición nos guía a veces hacia ese estar de un modo único frente al otro.

La intuición... Cuántas veces recordamos los momentos más significativos de nuestra experiencia como mujeres, y hacemos mención a la intuición. La intuición que te guió, Cristina, a llamar a aquella puerta detrás de la cual se encontraba tu libertad... La intuición que guió a Patricia, a Nuria, a Ana... hasta ti. La intuición que te ha hecho decir no en el momento preciso, sirviéndote de alerta, de radar... La intuición que nos ha abierto los ojos y los oídos ante los momentos importantes, ante las situaciones importantes, ante las personas que luego resultan ser importantes en nuestra vida...

La misma intuición que me hizo mirar a los ojos de aquel hombre que entró en el portal detrás de mí y me acorraló entre la pared, el ascensor y su cuerpo y me agarró del cuello con muchísima fuerza y apretaba cada vez más, mientras intentaba manosear mi cuerpo. Yo tenía catorce años. Él olía a alcohol y a rancio, a sudor cansado y a hombre exaltado... Sentí que me flaqueaban las rodillas durante unos instantes y que casi no podía respirar... Un minuto más y ese grotesco ser desesperado me habría roto para siempre. El pánico surgió como un caudal infinito, y con el pánico, la desesperación...

Pero de repente, algo leve, algo muy sutil al principio y después cada vez más y más grande me hizo estar presente pese a todo, pese a lo grotesco, lo terrible, injusto y absurdo de lo que estaba sucediendo... De golpe conecté, y entonces comencé a escuchar tenuemente la voz del hombre y después sus palabras..., y en un instante entendí, le entendí..., no le comprendí, pero sí entendí su terror, su debilidad, su miseria... Y le miré a los ojos con toda la fe que pude reunir en mi corazón paralizado. La mano que me estaba asfixiando se aflojó ligeramente y pude coger un fino hilo de aire. Aire... Y empecé a hablar, a hablarle... Nunca he podido recordar lo que le dije, ni cuánto tiempo su cuerpo y el mío permanecieron en ese encuentro animal, pero sé que en un momento dado el hombre, aquel hombre, me soltó y se echó a llorar contra la pared. Yo corrí por la escalera hasta el cuarto piso, sin noción de lo que estaba sucediendo, temblaba, cerré la puerta detrás de mí, y a mi vez me eché a llorar... No podía parar de llorar y sentía que ese llanto iba a aligerarme el alma.

La intuición me salvó. Y transformó un encuentro animal en un encuentro entre humanos. Un encuentro desolador, triste, equivocado...

Y tú, Cris, ¿cuántas veces habrás tenido que transformar la desesperación en fe? ¿Cuántos recuerdos dolorosos y agrios?

Sin embargo, igual que a Patricia, lo que he vivido me permite ser lo que soy aquí y ahora. Y nada de lo ocurrido me ha robado la capacidad de amar, de desear, de probar, de jugar, de indagar, de arriesgar. No soportaría vivir aislada, resentida con todos, con el destino, con los ladrones de inocencia y con el recuerdo de sus actos...

Allí se quedan ellos. Solos. Algún día enfrentados a las pesadillas que han provocado, al daño que han generado.

Yo no pienso dar poder a su maldad, convirtiéndome en la víctima que ellos pretendieron que fuera. No lo soy. Ni lo fui. Porque la dignidad no se arrebató. Se intenta arrebatar, pero no se arrebató, ya que nos pertenece para siempre por el hecho de existir.

Levanto la mirada hacia las tres mujeres que nos regalan un trozo de su historia personal, a ti y a mí, Cris. Y esto, por parte de ellas, es un gesto tan bello, que consigue borrar de golpe el recuerdo turbulento de parte de la mía..., de mi historia..., que de nuevo podría ser la de todas, la de todos.

Porque todos nos vemos expuestos a lo largo de nuestras vivencias a los deseos y a los temores de los demás, a sus proyecciones, fantasías, necesidades... y a sus circunstancias. Y siempre hay un segundo en el cual se vislumbra el campo de todas las posibilidades.

Vuelvo a mirar los rostros de las tres... Están hermosos y expresivos. Como si el

hecho de vivir plenamente, de vivirse a ellas mismas con la plenitud de su fuerza les otorgase resplandor a sus rasgos...

Cada una dibujada de un modo particular por todas las emociones y estados transitados o presentes... Extrañamente todas parecen tocadas por el amor. Lo transpiran suavemente. Todas nos reímos y convertimos las sombras en mariposas.

EL ODIO Y EL AMOR

Una tarde quedamos tú y yo, Adriana, en el Giangrossi, ¿recuerdas? Decididas a tomarnos ese helado de chocolate que tanto nos gusta a las dos. El sol te había dejado tranquila por ese día, ocultándose entre las nubes. Estábamos dispuestas a contarnos algo más de nosotras y comenzamos a hablar de emociones; y tú me preguntaste: «¿Has odiado?» «Sí —te respondí—, pero también he podido transmutarlo en amor a través de un camino tortuoso y difícil.» «¿Cómo lo hiciste?» Y de nuevo recordé...

El odio es una emoción poderosa pero siempre va unida al dolor; es el dolor lo que te impide convertirlo en otra emoción más noble, es destructivo como la termita, va comiéndose todo lo que encuentra a su paso, degrada, desgasta y te destruye lentamente; es como si te clavases tu propio aguijón vertiendo todo el veneno en ti, el odio hace daño a quien odiamos pero mucho más daño nos hace a nosotros mismos cuando lo sentimos, nos abarca enteros y nos paraliza. Yo no creo que el amor y el odio estén muy unidos; es más, yo siento que podemos unir el odio con el dolor y el amor con la ausencia de sufrimiento; cuando lo ves, cuando te das cuenta de que a esos dos caminos sólo los separa una línea muy fina, entonces comienzas a estar atenta a lo que sientes, lo único que puede salvarte es el amor; es como cuando te cobijas de la lluvia intensa en un lugar acogedor y entrañable de tu escenario, la calidez vuelve a tu piel, el color a tu cara y sientes una alegría inmensa de saberte protegida, así es el amor cuando lo sientes, nada importa más que te quieran y que has transformado en amor todo aquello que te paralizaba, lo que has hecho es recorrer tu camino y trasmutarlo en amor, primero hacia ti y luego hacia todo lo demás. «¿Cómo ha sido ese camino, Cris?», me preguntaste; de nuevo, el recuerdo... Cuando era mucho más joven, creo que mi mente estaba todavía cerrada a todo lo que supudiese hacer un esfuerzo por comprender o respetar los otros mundos que yo desconocía, por lo tanto, no existían, entonces no sabía que el miedo estaba instalado en mi corazón, era insegura y yo no fui capaz de reconocerlo, me hacía demasiado daño consentir mis dudas y ambigüedades, todavía no había descubierto que sólo cuando aceptamos esa parte de nosotros mismos que habita en nuestra sombra y llegamos a quererla por el único milagro de que nos pertenece y que forma parte de nosotros mismos, en ese instante comienza la alquimia, la posibilidad de recorrer el sendero del amor, comienzas a quererte, tus decisiones van encaminadas a lo que te hace bien, eliges a las personas que te complementan y te enseñan algo nuevo en tu caminar, entonces es cuando empiezas a decir NO, un NO rotundo, firme, y sin alzar la voz, te

enseña a decir SÍ a gritos a aquello que te aligera y hace que te sientas cada vez mejor en tu traje, entonces es más fácil decir NO al hombre que te hace daño, decir SÍ a la amiga que te acoge sin pasarte factura después, vas poco a poco encontrando lo que es tuyo, lo que te pertenece, por el hecho simplemente de existir; vives la vida que te mereces, eliges tu destino, entiendes que eres dueña de todos los minutos de tu vida, y en ese instante intenso es cuando decides vivir el amor y no el odio; de pronto ese sentimiento fuerte, destructivo y amargo se diluye como cuando intentas coger el agua del mar en tus manos. No te vale la pena morir viviendo en el odio, cuando si alargas la otra mano y miras hacia otro lugar todo huele distinto: la luz del día y la oscuridad de la noche; el placer de tomarte un café bien hecho, como a ti te gusta, tiene un significado diferente; sonríes porque sí, porque te apetece; le tomas cariño a la lluvia y aprendes de ella; también aprendes del dolor y las lágrimas; una vez que la alquimia se ha realizado, ha hecho mella en ti, ya tu vida es y será siempre, hasta el último instante, lo que tú has querido que fuera, tu decisión y tu emoción es lo que ha hecho, sin duda, que la vivieras así, como tú la diseñaste un día.

Como tú eres incansable, Adriana, en absorber, preguntar, cuando me miras con tus ojos grandes, bellísimos, es como si todo el rostro se volviera ojos, ojos en los que yo me sumerjo como lo hago en el mar, siento la frescura del agua en ellos y la profundidad de lo inmenso por lo desconocido; y volviste a mirarme y preguntaste: «La soledad y el acogimiento, ¿cómo has vivido esos dos sentimientos?» Recuerdo esa soledad infinita que te hiela cada partícula de sangre que llevas en el cuerpo y tu piel se envara, se enfría y se distancia de todo, tus ojos se vuelven vidriosos y no abarcan el espacio físico donde estás, sientes que una sombra te paraliza, que no existe mañana, ni un segundo después del segundo que estás viviendo, y todo deja de existir, ésa es la soledad, el dolor de la vulnerabilidad y del miedo, porque en el fondo todo es miedo. Es el sentimiento más poderoso que existe en nosotros y de él salen todos los demás; es como si el miedo pariera cada emoción, cada minuto de la vida se convierte en un enemigo que te acecha para que no puedas vivir desnudo, sin máscaras, sin represiones, simplemente aceptando la vida y la muerte como lo que son: un regalo. Desde ese miedo yo viví la angustia de la enfermedad, cuando tu corazón se impregna de soledad, de esa soledad que te hiere, que te seca por dentro, arrasa todo a su paso. La vida se te escapa y no la sientes, eres un espectro de ti mismo, sin registros que te identifiquen, pero la soledad de la que yo hablo es aquella que se ha incrustado en mis entrañas por falta de calor, de cariño, de acogimiento, aun rodeada de gente, de ruido; esa soledad que te envenena el alma es aquella que te va pudriendo y termina acartonando tu vida y tus sentimientos, es de alguna manera el llegar a vaciarte completamente sin dejar lugar a la ternura, a la sonrisa y a la esperanza. Cuando a mí me llegó ese momento, cuando sentí que ya nada había ni

tenía sentido, recuerdo que decidí buscar en el baúl de mi ser, tocar con mis ojos el fondo de mis recuerdos, fue ahí donde comencé, poco a poco, a sentir calor; mi piel ya no estaba helada, mis ojos comenzaron a ver algo más que el muro frío y solitario de la vida; y como una muñeca a la que le das cuerda y comienza a moverse, así comencé a caminar, con movimientos torpes y pequeños, pero eso sí, cada día sentía algo más de calor en mi piel y en mi corazón. Entonces comprendí que comenzaba a alimentarme por dentro, disfrutando de un paseo por el parque, regalándome una sonrisa de vez en cuando, obteniendo placer al ganar mi tiempo con una rica comida, relajándome con una conversación agradable; entendí que el proceso no estaba fuera, no eran culpables los demás, yo misma lo había ido tejiendo día a día con mi egoísmo, mi falta de ilusión e inocencia, con mi incapacidad para afrontar mi realidad, asumirla y concederme el derecho de sentirme mal en una falta de amor por uno mismo tan grande como el disfraz que asumí durante todo ese tiempo de mi vida. Ahí comenzó de nuevo otra alquimia, al calor de la chimenea, de nuevo la elección; esa elección difícil que requiere disciplina, tenacidad y ante todo decisión firme de querer acogerte en lo que eres, en tu esencia, en tu naturaleza, y poco a poco vas dejando que entre en ti todo aquello que desechaste un día por odio hacia ti misma: la calidez, el día, las cosas pequeñas, la esperanza. Es necesario que te acerques profundamente a tu naturaleza, que te cuides y te mimes sobre todas las cosas, ahí es cuando subes el siguiente escalón en la evolución humana; acoges los objetos que te pertenecen, los espacios físicos, tus enfermedades y tus habilidades, sabes que tu capacidad de acoger al otro comienza a instalarse en tu interior; ya no te ves solamente a ti, sino que tus ojos se abren como ventanas al mar y puedes intuir lo infinito del gozo cuando abres la puerta de tu casa y de tu alma porque el miedo ha desaparecido dejando paso a otra emoción: la necesidad de pertenecerte a ti misma y darte a los demás.

Adriana, hemos hablado de sentimientos y emociones tan fuertes como el amor, la soledad, el odio; y también del camino que las dos hemos recorrido hasta llegar a donde ahora nos encontramos. ¿Sabes?, a medida que voy compartiendo contigo, que me abro totalmente, como si estuviera hablando para mí, comprendo la necesidad de alzar, gritar y contar con nuestras voces todo aquello que nos derrumba, que nos empequeñece por el dolor, y lo que nos hace grandes, fuertes, imbatibles. El camino de Machado se convierte en el camino de todos: «Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar...» Ese camino que yo comencé, Adriana. Aquel día hace tanto tiempo decidí que «mi camino» era mío y sólo yo tenía que hacerlo, cuando el dolor es tan intenso que sientes una daga en el corazón que va apretando y succionando cada arteria de tu cuerpo, sólo cuando el dolor te agota, te destruye, te enloquece, te obnubila, te encoge y te paraliza, es ahí cuando decidí transmutarlo y llevarlo conmigo a mi lado, y hacerle mi amigo, para

después poder soltarlo sin nudos, porque los seres humanos también nos acostumbramos a ese dolor que te estoy descubriendo; somos capaces de instalarnos en cualquier lugar por terrible que sea, te lo aseguro. En un momento de mi vida en el que miraba alrededor de mí y sentía frustración, miedo, incertidumbre, dudas, desamor, egoísmo y muchas más emociones que se agolpaban en mi corazón, no dejaba espacio en esos momentos para que por una rendija entraran la luz y el bienestar. Entonces comprendí que la vida me ofrecía una única oportunidad: la de elegir solamente el dolor o recorrer un camino hacia el equilibrio y la serenidad; cuando lo vi fue como el niño que descubre que es capaz de saltar, correr y ser dueño de sí mismo. Descubrí que el dolor es importante en algunos momentos de tu vida, pero sólo vale la pena sentirlo si decides que lo transformarás en experiencia y humanidad hacia ti y hacia los otros.

A ese dolor que te inutiliza le pides que te ayude a salir de él más fuerte, más íntegra; y haciéndole una mueca de complicidad te pasas al otro lado, al estado por excelencia del ser humano, el del bienestar y la seguridad.

Y me seguiste preguntando: «¿Cómo ha sido para ti, Cris?» Y yo te miré, abriendo mis ojos... Ha sido lo más duro y difícil que he hecho en mi vida. Noches, días, meses, y quizás años; cuando te instalas en el dolor, cualquier situación te lo produce. No puedes salir de él porque has acostumbrado a tu mente a sufrir; el dolor es destructivo pero también nos refugiamos en él cuando no queremos o no sabemos aceptar la vida tal cual es; si nos decidimos a vivir este regalo que nos dieron nuestros padres como una experiencia alegre y positiva con algo de inocencia, con los ojos y la mirada de un niño, todo nos arrastra cuando esa mirada se convierte en adulta, se apaga, y en ese momento decidimos instalarnos en el miedo. Alguien dijo una vez que los seres humanos vivíamos creyéndonos inmortales y no caemos en la cuenta de que la muerte va unida a la vida, si entendemos que este paseo es algo largo pero con final seguro, sería bonito vivirlo aceptándolo primero y amándolo después, el dolor dejaría de ser el protagonista de nuestra vida.

Recuerdo a Juan, una historia que compartí con él durante cuatro años, yo insistía en que se comportase según los esquemas que yo definía como perfectos, eso me produjo dolor; la aceptación de cómo son las personas, de cómo son las cosas, sólo desde ahí podemos no sentir ese dolor que nos atraviesa; y entonces tú me dijiste: «Para ti ¿la ausencia de dolor es la aceptación?» Adriana, para mí así es; sólo cuando llegué a aceptar que Juan nunca sería como yo lo había fabricado en mi mente, dejé de sufrir. Sólo en ese momento, abrí las manos y le dejé salir de mi corazón, nos instalamos en lo que queremos y cuando las cosas no son así, nos acogemos al dolor porque nos sentimos víctimas de los otros, y no es así; sólo somos víctimas de nosotros mismos. Pero todo

esto es una elección. A medida que vas queriéndote más, el dolor va desapareciendo poco a poco, la pérdida la transmutas por vida, la incomprensión se vuelve aceptación por el otro, el desamor lo transformas en momentos vividos que te han aportado tanto..., y después..., sigues tu camino integrando todo aquello que viviste y que te enseñó, pero desechando lo que ya no te sirve, y así vas sumando y entiendes que el dolor es apego, es necesidad de algo o de alguien, y ¿sabes lo que es? El desapego, vivir ligero de equipaje, ese camino sí lo quiero, quiero quedarme en él, quitándome las capas de cebolla de mis tres generaciones y quedarme yo sola, disfrutando cada minuto de mi vida, esa vida que un día me regalaron, y dándole un sentido, el que yo decida.

EL AMOR Y EL ODIO

Cristina..., para mí, uno de los estados más difíciles de transitar y sobrellevar es el sentimiento de desamor. Dónde y cómo te arroja ese estar, y las sensaciones de angustia, rechazo, frustración e impotencia que lo acompañan.

El desamor provocado por el amor o por el odio... o por ambos entretelados en una espesa telaraña que se enreda alrededor de uno y le deja inmobilizado, petrificado, sorprendido y atónito ante la dimensión que su sentir ha cobrado sin que uno haya podido ejercer ningún tipo de control pragmático o intelectual previos...

Es verdad que amamos u odiamos de un modo único, y con una carga de intensidad menor o mayor, según nuestra manera de vivenciarlo todo, según nuestra experiencia, según lo que recordamos, según lo que deseamos..., pero para la mayoría, el amor es el movilizador que prima por encima de todos los demás estados del espíritu y de la mente, afectándonos con fuerza a todos los niveles, entre los cuales nuestra cara y nuestro cuerpo se convierten en los reflectores máximos de aquello que vamos introyectando o percibiendo.

Y mientras pienso esto te percibo una vez más, Cris..., y te miro. Me quedo allí en tu mirada durante unos largos minutos... Tus ojos a veces se descubren plenamente y otras permanecen un poco entornados, como si reservasen una parcela de intimidad únicamente para ti y para tus mundos subterráneos e íntimos.

Tantas veces empleo la palabra «intimidad»... Pero es porque para mí supone una de las partes más esenciales de la capacidad de estar frente a uno mismo y frente a los demás. Buscar intimidad, crearla, generarla, compartirla en un momento de amor o de soledad... De ternura o de encuentro... La intimidad que nos hace cobrar una dimensión especial y detiene nuestros mecanismos automáticos para que actuemos movidos por una necesidad real, estimulados por un vínculo que nos sacude del estar cotidiano y nos transporta a un estar «dinámico» de nuestro ser. Un estar vibrante, energizante..., donde lo lúdico y la imaginación también se activan y rehabilitan todo nuestro organismo: sangre, vísceras, músculos, tendones, huesos, piel... Todo se lubrica para disponerse a la intimidad.

Ana transmite intimidad. Toda ella es como un imán que te lleva hacia lugares íntimos e intensos. Su mirada grande y abierta me impide imaginármela succionada por el desamor... No consigo vislumbrar en su rostro luminoso y suave a la Ana que me

describen ella misma y Cristina. Aquella Ana que, pesando treinta y ocho kilos, llegó a la consulta de Cristina con el rostro cetrino y seco, los ojos caídos, cerrados y apagados, con el aspecto de una mujer totalmente envejecida y gravemente enferma.

«Un día, me levanto por la mañana, consigo ir hasta el baño, me lavo la cara... y al mirar al espejo, veo a una anciana...» Ana tiene ahora veintiocho años, entonces unos cuantos menos. Pero se estaba dejando morir... En su imaginación únicamente había espacio para el sufrimiento y para la autoconsumición... Como un castigo impuesto por ella misma, en el cual el amor no vivido con plenitud se había transformado en frustración, furia, oscuridad... La pasión de Ana encarcelada por la propia Ana. La pasión de Ana comiéndosela entera por no encontrar ninguna vía de expresión.

«Me sentía como muerta en vida...», susurra con su voz dulce la Ana de ahora. La misma que echa chispas de dicha al hablar. Destellos de vida.

Todas contemplamos a Ana. Es su momento de sostener nuestra atención. Es la parcela que le pertenece exclusivamente a ella, en esta noche que entre las cinco estamos atravesando... Ella se da cuenta y sonríe con un soplo de timidez.

Una niña pequeña se despierta un sábado por la mañana y está llena de expectativas y felicidad... Su papá la hace estallar en risas e ilusión. Papá, haciendo de Payaso Loco... Papá, que parece quererla; papá, que parece estar bien, que parece feliz...

Pero el padre de Ana no estaba bien, no era feliz... Padeecía una depresión crónica que era escondida bajo llave, como un secreto familiar, dentro de un contexto donde primaban el orden estricto, las normas inamovibles, una moralidad muy determinada y un camino a seguir prefijado por una serie de conceptos y «leyes» establecidas.

Ana fue una niña llena de amor y con un carácter muy fuerte y pasional, pero su amor siempre se veía quebrado, ya que todo lo que ella percibía de su entorno cobraba unas características de tristeza, de dificultad, de problemas, de peso sin posibilidades de solución... Ella amaba a su padre, pero él le devolvía una tristeza infinita y su propia desesperación, pese a, tal y como lo cuenta Ana, «no haber faltado ni un día al trabajo». Un hombre firme.

Un mundo firme, demasiado firme y muy poco permeable para una niña como Ana. Un mundo donde todo se convertía en algo negativo y lo negativo se tornaba lo natural.

Poco a poco la risa de la pequeña Ana, que era feliz con el Payaso Loco, fue desapareciendo a medida que la niña iba creciendo y absorbiendo toda la dinámica familiar, y, sobre todo, el estado de depresión y desazón de su padre, que abría en ella una herida grande y latente que no hallaba calma.

La calma, la tranquilidad que Ana transmite esta noche mientras habla del bienestar

adquirido a base de tesón, a base de vigilar muy de cerca sus estallidos de furia... Ella no es ya la niña herida que se encamina inconsciente hacia su padre, que se deja arrebatar sus propios deseos por los deseos que su madre proyecta sobre ella y para ella... Ya no es la superposición de esa niña que clama justicia, sobre su ser adulto y sobre su cuerpo de mujer.

Esta noche, ella es Ana. Es ella. Es una mujer muy hermosa, que se sienta aquietada y ciertamente plácida en el sillón rojo vino que la acoge y realza sus mejillas encendidas, sus ojos encendidos, su piel encendida, que nos revela algunos pequeños secretos de felicidad que no quieren permanecer escondidos, porque son secretos de amor. Sin odio. Sin rencor. Sin culpa. Esa culpa por ser uno lo que es.

«Ahora, después de la terapia, cuando te encuentras sola, enfrentada a ti misma, te das cuenta de todo lo que has aprendido y redescubres un día tras otro tu capacidad de disponer y de desarrollar tus propios recursos y las herramientas que siempre te acompañan pase lo que pase...»

Pero cuando hay tanto amor es muy complicado darse cuenta de que el dolor, la desesperación, la ira, la autoflagelación... no son un absoluto al cual debemos atenernos sin rechistar... Cuando hay tanto amor de por medio es tremendamente difícil señalar como causantes de nuestro tormento precisamente a esos a los que tanto amamos. Entonces, sólo cabe la opción de inculparse total y absolutamente de todo el sufrimiento vivido y condenarse a sufrir más aún, si cabe.

«Yo no me creía merecedora de ser feliz... Me acostumbré a estar en lo negativo... vivía en una continua percepción negativa y todo a mi alrededor me resultaba horrible...» Mientras cuenta esto, los ojos de Ana se llenan de la niebla de las emociones recordadas.

La miro y me llegan ráfagas de la angustia que vivió, de su miedo, de su inseguridad, de su sensación de encontrarse frente a un callejón sin salida.

El callejón sin salida que siempre se presenta en algún momento de nuestros sueños o de nuestras pesadillas y nos obliga a detenernos en seco, frenar, suspender lo emprendido o arrojar los lastres para poder elevarnos por encima del suelo.

¿Cuántos callejones sin salida te habrán sorprendido, Cristina, en medio de tus trayectos? ¿Cuán largos o cuán oscuros? ¿Habrás tenido que volar por encima...? O habrás encontrado maneras inesperadas para poder proseguir caminando...

Te miro. Me miras. De nuevo. Nuevamente y como siempre. Tu mirada... A veces te temo, temo que alguna vez nuestras dos fieras se miren con demasiado fervor, con demasiado dolor, con demasiado poder... y se arañen confundidas entre tanto ímpetu y tanta pasión... Y miento un poco quizás, al no decir que me temo sobre todo a mí. Porque igual que para Ana, para mí la pasión es alimento y también veneno, que cuando

no se consume me quema. «Cuando no encuentra la forma adecuada de ser vivida, la pasión se convierte en algo que estalla, como una bomba de relojería...» Las palabras de Ana me ruborizan como si me hubieran calentado el aliento con una cerilla encendida. Ana, «la pequeña cerillera» del cuento, que enciende una cerilla tras otra para que el frío no le hiele el alma. Un fósforo de pasión, siempre encendido, mantenía viva el alma de Ana, mientras su pequeño cuerpo de adolescente iba menguando cada vez más... Tal vez en un intento desesperado de apaciguar su ser, de domesticar su inquietud, de dominar su fuego, de replegar su amor infinito... Un desesperado e inconsciente intento por su parte de ser lo que ella pensaba que querían que fuera, de sentir tan sólo hasta donde le era permitido que sintiera.

Ana ante aquel callejón sin salida... Triste, ¿resignada?, enfadada, habituada... Desdichadamente habituada a estar mal, a percibirse mal, a percibir las circunstancias y los momentos desde este «estar mal», desde este «sentirse mal»... «Yo me sentía cómoda en esa burbuja de negatividad..., había aprendido a manejarme dentro de ella y no sabía salir...» Cuando Ana pronuncia estas palabras se le escapa una suave sonrisa, como si aquella Ana encerrada en la burbuja le provocase ahora cierta ternura, cariño... Como si hubiese sido capaz de perdonarla, de perdonarse... Y así es, porque la burbuja ahora es tan sólo un espejismo despojado de cualquier poder sobre Ana, la Ana carnal y juguetona que me mira, que nos mira a todas, y es casi una provocación, porque se siente orgullosa... Orgullosa de su viajar, de su trascender el odio y los desencuentros, de su saber luchar... y de aquella decisión tan firme que la hizo capaz de ir, pese a estar envuelta en sombras, hasta la consulta de Cristina y dejarse rozar por unos dedos capaces de tocar «la burbuja» y hacerla estallar, dejando aire y luz alrededor. El espacio donde aquella continua y mecanizada queja de Ana se caía por su propio peso, y dejaba a la vista a una Ana que no había sido capaz de sanar a la niña herida que una vez fue, y que para conseguirlo, equivocadamente, le daba su propio espacio vital en un intento de compensar la impotencia que aquello le causaba.

¿Hasta dónde nos puede llevar el amor, Cristina...? Y el odio, que a veces converge en el mismo lugar del corazón, ¿hasta qué punto nos puede arrastrar hacia el sufrimiento más insoportable...?

Te miro y pienso que en ti cabe todo..., absolutamente todo. Una mujer a veces agitada por el viento y otras sosegada, mecida por algún canto balsámico. Cristina. Voz, mirada y fuerza...

Me miro y pienso en las veces que el amor me ha arrastrado a los paraísos más álgidos y a los infiernos más letárgicos que el inconsciente pueda fabricar.

He recibido y he dado mucho, muchísimo amor... Aunque a veces he obrado confundida y exaltada... exigiendo el tipo de amor que debía recibir. Y así empobrecía el amor, limitándolo exclusivamente a aquello que para mí significaba, significa...

Es verdad que todos tenemos el derecho absoluto de desear o soñar para uno mismo un tipo de vivencia del amor determinada..., pero debemos tener la capacidad de mirar al otro y dejar de lado la arrogancia, aceptando así el derecho del otro a vivenciar el amor a su modo, a veces tan dispar del nuestro. Sin doblegar al otro a nuestro antojo, sin doblegarnos nosotros ante el otro. Para mí en el amor doblegar tiene que ver con empujarse, con reducir, con condicionar..., en definitiva con algo que acota la expresión propia y la del otro, con algo que atrofia la forma que da cada uno a lo que siente y a cómo lo siente... Y Cristina..., amar, y tú lo sabes bien, tiene más que ver con agrandar, dimensionar, abrir..., encontrar formas inesperadas de lo que uno siente y de lo que uno es... Formas que te acercan más a lo mejor y a lo más intenso, creativo, sabio, lúdico, carnal, poético, empático, fuerte y misterioso de ti mismo.

Pero incluso arrojar definiciones sobre el amor lo puede distorsionar, igual que el amor convertido en desamor nos distorsiona hasta límites insospechados, y nos llegamos a confundir completamente sobre lo que sentimos, pensamos y queremos... La herida de la desilusión puede ser tan grande y tan tóxica que nos vemos de repente caminando por abismos que no se corresponden en absoluto con la esencia de lo que somos.

Así Ana, siendo adolescente, sintiéndose injuriada y herida nuevamente por amor, sintiéndose incapaz de soportar tanto dolor, tanta frustración y tanta indignación, decidió morir. Intentó suicidarse.

Doce horas en el sueño de la muerte. Doce horas durante las cuales las cerillas de Ana, de «la pequeña cerillera» de este cuento, se habían consumido... Pero en el lugar más cálido del corazón de Ana, una llama pequeña y trémula seguía ardiendo azulada y vibrante, luchando contra el olvido, luchando contra el vacío de un acto desesperado de una niña-mujer, de una mujer-niña...

Y Ana sobrevivió.

Pero al sobrevivir tenía que encontrar nuevas maneras de proseguir sin sanar las heridas. Y tal y como ella lo cuenta, se aferró a la promesa que se hizo a sí misma de no volver a consentir que nadie le hiciera daño, e intentó convertir el amor en odio. Se empezó a comportar de manera aleatoria, desconectando lo que percibía de lo que sentía, lo que sentía de lo que pensaba, lo que pensaba de lo que quería, lo que quería de lo que necesitaba, y, por último, nada de lo que realmente necesitaba encontraba un espacio para ser vivido.

Ana rebelándose. Pero rebelándose contra lo más puro de su ser. Su infinita

capacidad de amor y de ternura... Lo más puro de su ser, que la ayudó en aquellos momentos tan difíciles para ella.

Aquella vez que su padre, ese hombre al que tanto ella quería y quiere, la convirtió en mero espejo de sus fantasmas y de su rabia, aquella vez que su padre cuestionó el amor, el cariño y el respeto de Ana, dirigiéndose a ella con un cuchillo en la mano, un cuchillo que le ofreció para que se lo clavara si pensaba obrar de un modo distinto a lo preestablecido por él. Un cuchillo ofrecido en un gesto trastornado y cruel, un gesto que provenía de ese padre tan amado, de ese padre que en aquel momento no fue capaz de ver a su hija y cuestionó todo su ser. Amor y odio. Odio y amor. Allí estaban condensados, en aquella casa de la que todos los demás habían salido..., en aquel cuarto..., en aquel momento preciso cuando el padre de Ana, febril y desesperado, le ofreció un cuchillo a su hija para que ella lo usara clavándolo en él.

Amor y odio... Ternura y desencuentro... Resignación.

Cuán peligroso es algunas veces resignarse, cuán devastador con el cuerpo, con el alma, con la ilusión de despertarse y notar que formas parte de lo que está vivo, de lo que se mueve, de aquello que se siente con las entrañas, de aquello que te lleva a abrir los ojos al despertar, a mover los dedos de las manos, a desperezarte, a desear levantarte de la cama y notar el suelo con los pies ligeramente dormidos aún...

Ana, aquella Ana que yo nunca conocí, se había habituado a la resignación y a sus consecuencias.

Porque resignarse no es aceptar lo que es, ¿verdad, Cristina...? Resignarse nunca alivia, únicamente te carga de rencor y de resentimiento contigo y con los otros, aquellos que no han sabido verte como tú querías que te hubiesen visto, aquéllos ante los que tú no has sabido o no has podido mostrarte tal y como hubieses deseado.

Y eso duele, duele tanto...

Pero la bella mujer que me mira desde unos ojos grandes que mutan de color según las palabras que ella va empleando para narrar, para narrarse, ha dejado muy lejos la resignación y sus estados aliados, sus resortes y sus aguas residuales...

Así ahora, tan sólo como parte de aquello que Ana ya no es, aparece el recuerdo de la relación que mantuvo, como en una especie de sacrificio autoimpuesto, con un chico que se convirtió sin él premeditarlo en el delimitador, castrador y expiador de culpas que ella eligió y ante el cual después se resignó... Con dieciséis años se convirtió en el prototipo de la mujer abnegada, cuidadora, «casta», «pulcra», asexual... Se resignó a desaparecer consumida por el fuego de su pasión negada, de sus secretos íntimos, de su necesidad de ser más allá de aquello que querían que fuera.

Creo que mientras pienso en esto, entre nosotras cinco pasa una exhalación de reconocimiento... Nos acomodamos en nuestros asientos rojos y nos miramos entre velos de entendimiento mutuo. Necesitar ser, ir más allá de lo que quieren que seas... Creo que es algo que todas hemos sentido.

Tantas veces nos habremos preguntado sobre lo que «papá» o «mamá» han querido que seamos..., sobre lo que nuestros amigos, novios, maridos, hijos... querían ver u oír, tocar, oler, recibir y percibir de nosotras... Pero ¿qué es lo que nosotras queríamos ser?, ¿qué es lo que nosotras queremos ser?, ¿adónde y hasta dónde queremos llegar?

¿Acaso hay límites infranqueables para cada una de las cinco, o los únicos límites son los que colocan ante nosotras el olvido, el miedo, la desesperación, la envidia, la pérdida, el desencuentro y el odio?

Y aquí estamos, Patricia, Nuria, Ana..., tú, Cristina, y yo. Aquí estamos porque hemos decidido encontrar espacios, maneras, formas de reconstruir, de reconstruirnos a nosotras mismas... una vez y otra, las veces que haga falta..., porque nada se acaba hasta que no se culmina lo emprendido, porque el aprender a ser lo que uno quiere ser nunca termina de un modo definitivo, drástico... Simplemente caminamos cada vez más y más cerca de aquello que nosotras mismas proyectamos al nacer, como un deseo, una intuición o una certeza sobre quién quiero ser, cómo quiero ser, cómo necesito ser y estar, para poder ser de algún modo dichosa...

Tú, Cristina, pareces dichosa tantas veces... ¿Lo eres ahora?, ¿eres esa mujer que soñaste para ti?, ¿eres más tú que nunca, ahora, después de tantas cruzadas y encuentros y desencuentros, después de tanta tristeza y de tantos estallidos de júbilo? Sé que eres tú. Sé que no te mientes sobre lo que notas, sientes, piensas y deseas. Sé que te miras al espejo y te reconoces... entera, completa, todavía por redescubrir unas cuantas veces más, todavía y para siempre abierta a sentirte de golpe sorprendida, arrebatada, fluctuante... Todavía curiosa...

Siempre curiosa. Tu curiosidad y la mía podrían entrelazarse como una cuerda arrojada hacia el centro del universo, para poder llegar a desenmarañar cualquier ápice de sombra que quisiera apartar de nosotras la claridad... Es tan importante la claridad para mí... La claridad sobre la intención que subyace detrás de cada gesto, de cada acto...

Escucho a Ana... «Como mujer, para mí es importante que podamos romper una y otra vez los arquetipos en los cuales nos han educado, nos siguen educando todavía...» Cierro, durante un momento tan sólo, los ojos y me dejo guiar por su voz. Es dulce y clara, un poco cantarina, todavía con pequeños matices de la voz de la niña que siempre acompaña a Ana, esa niña cuya herida Ana tuvo la voluntad férrea y la capacidad de

sanar... Con ayuda y con muchísimo amor, pero lo hizo. Y ahora, la niña únicamente aparece para dar pequeños toques de aviso o para jugar un rato a algún juego placentero y creativo, donde la mujer, la mujer que ahora Ana representa y es, se aligera un poco, para reír de felicidad, para dejar bien lejos, bien atrás, tantos años de tristeza, de rencor, de tedio... Ahora no hay lugar para el tedio... La pequeña caja de cerillas de Ana está llena, a rebosar... Incluso podría, puede coger una y encenderla ahora mismo para nosotras.

Todas nos reímos, así, sin más razón que el simple hecho de esa cerilla encendida que nos brinda la posibilidad de arrimarnos un poco más las unas a las otras alrededor de la mesa... De esta mesa. Que a partir de ahora y para siempre será la nuestra. Nuestra mesa.

La música se vuelve un tanto más álgida, en sincronía perfecta con nuestro estar..., y a mí me entran unas ganas infinitas de abrazar a estas mujeres tan generosas y tan valientes... De abrazarlas porque ahora me quedo para siempre con un trozo de sus historias y ellas formarán parte de la mía... Y sin embargo, ¿quién sabe si nos volveremos a ver...? «No importa, no importa...», me repito a mí misma. Y de nuevo pienso en algo que a fuerza de ser dicho muchísimas veces se ha convertido en un lugar común, pero que no deja de ser absolutamente cierto: el tiempo es y parece relativo. Su velocidad, lentitud o constancia dependen de la intensidad de lo vivido, de lo que uno ha entregado o recibido, de lo que uno ha expresado o dejado de expresar...

No doy expresión a ese abrazo exaltado que tanto deseo... Le digo a mi niña fervorosa que se aquiete un poco, que sea buena y me deje concluir este encuentro entre mujeres como la mujer que soy. Me río de mi propia ingenuidad, y aunque no las estrecho entre mis brazos, sí que les digo que me encantaría hacerlo, sí que os digo, Ana, Nuria, Patricia, que me hace feliz haber sido tan cercanas, tan cómplices durante estas horas nocturnas... Os doy las gracias por estar, por ser, por existir... ¡Gracias!

Las tres se alejan. Cada una con su cadencia, con su forma de moverse, de caminar... Cada una llevándose también un trozo de mí.

Tú y yo nos quedamos la una con la otra. Tú y yo, Cristina... Como tantas veces.

Te cojo la mano, o me coges tú la mía..., y hablamos.

EL DESEO Y LA ENVIDIA

Llevábamos horas, Adriana, días acercándonos la una a la otra instintivamente. Era la fantasía de estar fuera del tiempo real, el deseo de encontrarnos acogidas en una burbuja de oxígeno.

La vida es dura, terrible, a veces insoportable. Tenemos que instalarnos en fuegos artificiales para poder respirar, es como sacar la cabeza del fondo del mar. En ocasiones he sentido esa sensación de asfixia, de ahogo.

En algún lugar del individuo se instala la sombra y en ese momento podemos mostrar ese lado oscuro que también nos pertenece, y nos volvemos insufribles, egocéntricos, prepotentes, envidiosos. Pero la sombra no nos domina constantemente, el conocimiento y el autocontrol nos ayudan a mantener la distancia aun sabiendo que está ahí. Hablamos, Adriana, de ese lado oscuro que tenemos todos, que forma parte del ser humano; hemos sido creados de sombra y de luz, como tú tan bien sabes... Creo que la envidia forma parte de la sombra.

Voy a quedarme un momento en la envidia; qué emoción más inútil y destructiva, y todo ¿por qué? Porque queremos ser otros que no somos, decidimos tener lo que otros tienen, vivir como viven los otros, sin darnos cuenta de lo que nosotros tenemos de valioso y único, que es nuestro ser, nuestro sentir, no lo aceptamos, no nos gusta ni perdemos un segundo en mirarnos de cerca y presentarnos a nosotros mismos, ¿para qué? Lo que nos importa es el otro.

Cuando la envidia se instala en la vida de alguien la arrasa, no importa lo que haya conseguido hasta entonces, lo feliz que haya vivido hasta ese minuto fatídico. Cuando la envidia se queda en nosotros comenzamos a desdibujarnos, vamos perdiendo forma, carácter, para convertirnos en la sombra del otro. Pagamos un precio brutal, exagerado, pero tampoco nos importa, sólo vale el satisfacer nuestra envidia, eso sí, con desasosiego, ansiedad, obsesión e histeria por apropiarnos de quien envidiamos. Ni tan siquiera nos paramos a pensar si lo que tiene el otro puede satisfacernos, no importa, tenemos que obtenerlo y mimetizamos el objeto de nuestra envidia y así, sólo así, dormiremos tranquilos, o al menos eso es lo que creemos.

Si nos paramos y dejamos atrás ese oscuro sentimiento, esa oscura emoción, nuestra mente gira hacia el otro lado del espejo y comprendemos que por envidia podemos morir. Si damos un paso adelante y nos acoge el deseo, entonces se abren las aguas y podemos caminar por encima de ellas.

Me mirabas absorta sin mover un solo músculo de tu cara, tus ojos se volvieron enormes y me escuchabas como si bebieras mis palabras. «Háblame de cómo vives el deseo, Cris. De pronto siento la boca seca, devuélveme con tus palabras algo de humedad a mi piel.» Eso es el deseo, Adriana, ¿cómo seríamos sin deseos? Patético, ¿no?

Desear... Si yo no hubiese elegido valorar mis deseos y luchar por conseguirlos, quizá no habría seguido adelante, quizás habría muerto hace ya mucho tiempo.

Desear... un beso, un hijo, una caricia verbal, una mirada, una piel, un sonido, un color, un paseo a dos, desear con el alma enamorarte, desear oír con el corazón y que te escuchen con el alma. ¿Cómo se puede vivir sin desear? Es lo que te hace fuerte, tu mente se prepara, tu cuerpo hierve, tu corazón se abre y tu piel rejuvenece, todo se pone en marcha para recibir lo que desees. La fuerza que emana del deseo es la locomotora que hace saltar todas las demás emociones que todavía no han salido, y así aparece tu ternura, tu amor, tu fe, tu memoria incrustada en tu piel, y recuerdas otros momentos de deseo ya vividos y vencidos por el tiempo.

El deseo nos hace mejores, mientras lo buscamos nos envuelve en ilusión, esperanza, y cuando lo alcanzamos nos convertimos en invencibles, únicos, grandes y eternos; sólo el tocarlo nos eleva y nos trasciende, a veces un solo instante de verdadero deseo puede valer toda una vida. ¿Comprendes lo que para mí es el deseo, Adriana? Sin el deseo yo no existo. Desear la boca de alguien, y perderte en ella, desear de nuevo que tus manos atravesasen tu vientre y puedas tocar a ese niño que se mueve dentro de ti, perderte en los ojos del otro y sentir su pasión en cada centímetro de tu piel. El deseo somos todos. Es el que construye naturalezas fuertes, inconmensurables, se escala al otro lado de la muralla, y entonces se abren caminos y se cierran precipicios, se consigue lo que parece imposible, se vive lo que nadie sabe contarte, se moviliza lo que estaba enterrado, se abre el cielo y el viento barre las nubes negras y las hojas secas. Es ahí cuando el milagro emerge y nos convertimos en mar, en campos, en montañas, en ríos, en todo lo que está impregnado de vida.

A medida que voy destapando mi alma voy comprendiendo la fragilidad y la fortaleza humanas. Qué sencillo puede ser romper ese equilibrio que nos mantiene en pie, erguidos. Sólo una herida abierta porque no le has regalado el tiempo que necesita para cerrarse nos puede llevar al fondo de las cloacas y embarrarnos de fango hasta las entrañas; siento que necesito vivir consciente, muy consciente de quién soy. Descubrir qué sendero es certero para mí y entender los límites que me separan o me acercan a mi esencia de mujer.

No es fácil, siempre existe una elección, en realidad nos pasamos la vida eligiendo,

pero comprendí hace tiempo que debía hacerme cómplice de mis elecciones. Ellas me ayudarían a encontrarme a mí misma en lo que hacía, en lo que sentía; cada elección me propuse hacerla en voz alta y clara, como si al oír mi propia voz renunciara voluntariamente a otros caminos que la vida diseñó para mí. Si persistes, no te distraes y oyes tu voz, sólo la tuya, y sigue contigo recorriendo juntas las montañas, las laderas, los paraísos ganados y las fantasías perdidas; cuando llegues, si aún no lo has hecho, al bosque de la madurez volverá la memoria a tu vida y te enseñará que tu voz siempre estuvo contigo, te sorprenderá sentir que nunca estuviste sola. La soledad no existe si tu voz y tú os cogéis de la mano y recorréis el camino hasta el final con complicidad y afecto.

Tu voz no te ha traicionado, no te ha mentado, sencillamente se ha entregado a ti como un buen amante. ¿El resultado? Conocer tu sentido vital. Cada una de estas inmensas emociones tiene un solo recorrido: tu vida. Es el gigante que te ha acunado siempre, tu voz es la que te ha acompañado siempre en el proceso de convertirte en persona.

ENTRE TÚ Y YO

¿Has llorado alguna vez lágrimas frías, querida Cristina...? Yo, recién ayer, descubrí la sensación de notar mis lágrimas heladas contra la piel de las mejillas... Y entendí la expresión de «quedarse helado», cuando el golpe de dolor es tan inmenso que te deja shockeado por la sorpresa y la incredulidad. Hasta ese momento mis lágrimas siempre me habían acalorado las mejillas, siempre su humedad tenía la densidad y la temperatura propias de la emoción que en mí desemboca en un llanto caliente y salado... Un fuego apagado con agua de mar. Pero mi llanto de ayer fue un llanto inmóvil, sin agitación..., como si me hubiese quedado petrificada, congelada en el sitio, al ver sufrir a alguien a quien quiero tanto, tanto que a veces le he confundido conmigo y le he tratado con la dureza que me he tratado a mí misma. Ayer le dañé más que ninguna otra vez, y cuando vi su dolor reflejado, me quedé parada, suspendida en un vacío sin aire..., y mirándole a los ojos, a esos ojos que yo había arrojado a la pena, mis lágrimas, sin haber habido fuego ni agua de mar que lo apagara, se deslizaron por mi cara como si rodara hielo recién derretido...

Qué duro es, Cristina, amiga, contribuir al dolor de aquellos a los que queremos, o no saber cómo evitarlo o transformarlo... ¿Basta luego un abrazo o un beso...? ¿Basta pedir perdón?

Pedir perdón... Creo que saber perdonar y saber pedir perdón es uno de los aprendizajes más delicados, más arduos y más necesarios que nos corresponde afrontar, sin escapatoria posible, en algún momento de nuestra historia como personas que están en una continua interrelación con los demás.

¿Cuántas veces has pedido perdón, Cris...? ¿Cuántos ojos entristecidos te han devuelto el resultado de algún acto demasiado impulsivo o de alguna palabra dicha desde el lado más irracional o más destructivo de tu naturaleza? Y ¿cuántas veces alguien se ha acercado a tu corazón para pedirte perdón? ¿Cuántas veces has sido capaz de perdonar...?

Creo, Cris, y sé que ahora hablaremos de ello, que ser madre es uno de los estados más propicios para el perdón, el dado y el recibido... Para aprenderlo y para enseñarlo.

Algún día tal vez podamos encontrarnos las cinco, Ana, Patricia, Nuria, tú y yo, y que ellas nos cuenten sobre su encuentro con la maternidad que vivirán o no, siempre desde la plena libertad de elección y desde la consciencia de lo que emprendan... Pero la causalidad y la casualidad han hecho que de las cinco las únicas que hoy, aquí y ahora,

somos madres, seamos tú y yo... Yo y tú. Treinta años yo y tú treinta más.

Tú fuiste madre con la dificultad de la enfermedad y de haberlo sido supuestamente tarde para tu contexto. Yo fui madre muy pronto para mi contexto y con la enfermedad como compañera...

Madre. Mamá... Qué palabras tan densas, tan cargadas de significado, tan permanentemente en mutación dinámica, en evolución... Porque lo que implica la palabra «madre» contiene de algún modo todo lo que la mujer ha sido, es y será en un estado que constantemente se rehace, se cuestiona, se carga de distintos matices y de proyecciones condicionadas por todo lo que una sociedad es y representa.

A la vez, «mamá»... es y ha sido la palabra más clara, directa e intuitiva que nos ha acompañado siempre junto a todas nuestras emociones más primarias y más básicas... Aquellas directamente relacionadas con la vida y con la muerte... Aquéllas que nos regresan al abrazo de una mujer que nos sostiene. Un bebé acunado. El recuerdo de ese estado, que en algún lugar de nuestro cerebro permanecerá resguardado para siempre.

«Nos hemos dicho tantas cosas tú y yo, Adriana...», dices tú, Cristina, con un deje de añoranza, o de melancolía por aquello que fue, o por lo que nunca será... *Nunca*, qué palabra tan pequeña, pero qué temor provoca y qué sensación de rotundidad transmite cuando se escucha o se dice... o se piensa.

Tú pensabas que nunca serías madre, que ya no, que tu destino no te iba a conceder la experiencia de la maternidad, cuando un día, con cuarenta y dos años, supiste que estabas embarazada.

¡Embarazada...! Y de golpe el miedo. De nuevo el miedo aterrizando con fuerza en tu camino. El mismo miedo que también a mí me sacudió entera al enterarme de que estaba gestando.

Y es que, nuevamente, Cristina, nuestras vivencias transcurren en paralelo y de alguna manera ambas tuvimos una cierta premonición de todo lo que a partir de allí, de ese preciso momento de saber que en nuestro vientre estaba surgiendo la vida, una vida nueva y propia, iba a ser diferente para siempre... Que a partir de allí todo lo que hasta ahora era lo válido se iba a ver abolido, cuestionado, modificado y trastocado para siempre.

Siempre, que se contrapone a nunca, siempre, que significa tanto, siempre, que realmente es para siempre...

Así que yo vislumbré instantáneas de la enfermedad que iba a surgir, del dolor, de la oscuridad forzada detrás de unas persianas, de los pasillos de los hospitales con mi hijo

en brazos, de las continuas analíticas y de la infinidad de tiempo, de meses que no dormí más que minutos, que instantes... o por el dolor atroz, o por no querer cerrar los ojos para no morir sin haber luchado lo suficiente.

Tú intuiste la dificultad de un embarazo tardío, la dificultad de llevarlo a cabo desde tu estado de salud tan precario... Intuiste que la mujer que eras jamás volvería a ser la misma. Tuviste miedo también por la salud de tu futuro hijo, por cómo se iba a formar dentro de ti y por cómo iba a venir al mundo...

Pero también tuvimos el placer y el regalo de intuir la fuerza desmesurada que el don de ser madre nos iba a conceder..., que concede a todas las mujeres que reciben la maternidad por entero, completamente... desde las circunstancias que sean, desde la experiencia individual, desde la forma de pensar y de actuar únicas. Tuvimos la premonición de que la vida, la nuestra, ya nunca sería una retroalimentación, sino que siempre sería un dar y recibir, un dar y nuevamente dar, un recibir sin haberlo esperado; un intercambio entre dos. Una madre y un hijo. Un hijo y una madre.

«Un hijo que no te pertenece, un hijo que no es una proyección de tus carencias, de tus miedos, de tus rabias y frustraciones. Un hijo que es y será un ser aparte de ti, aparte de tus fantasías y de tus ganas de colmar aquello que en ti no se colmó...» Te escucho, Cristina, escucho cómo arrastras ligeramente las palabras, dándoles cuerpo y sentimiento, e imagino cómo debes de querer a ese hijo tuyo, a ese hijo por el cual has hecho lo que jamás habrías hecho sólo por ti, a ese hijo que ahora, con diecinueve años, está lejos, encontrando su lugar y marcando sus propios pasos. Tu hijo, Cristina, que como tú acabas de decir, no te pertenece; sin embargo, yo pienso que a él siempre le pertenecerá algo tuyo, algo que ya está depositado en él y forma parte de todo lo que él es y será.

Igual ocurre con mi pequeño y recién crecido hijo de mi cuerpo y de mi alma, y de mis continuas decisiones tomadas siempre con él de referencia. Mi hijo que no me pertenece, pero que recoge queriéndolo o no todo lo que siembro para él... Recoge lo sembrado por mí y por su padre, sea eso que sembramos consciente o no, sea bueno para él o no, sea auténtico o falso. Él, mi hijo... Los hijos de todos, que a su vez fueron hijos, recogen lo sembrado por los adultos, lo recogen con sus corazones abiertos y con sus cuerpos pequeños, con sus sentidos permeables y recién adquiridos..., con su cerebro que recién aprende a discernir y a decidir.

Decidir. Decidir qué sembrar y cómo sembrarlo... ¡Cuán difícil...! ¡Cuánta responsabilidad, Cristina...! Cuánto vértigo.

«No debemos colocar sobre los hombros de nuestros hijos el peso de todo lo que nosotros arrastramos..., no debemos condenarlos a llevar nuestra carga, parte de la suya propia... Eso no es justo.» Así hablas tú, querida Cristina, y tus ojos se derraman, como

si llevaras siempre contigo la imagen de ese chico, de ese hijo tuyo, que ahora ya camina en solitario a través de todos los senderos que tú ya conoces, pero también a través de aquellos que sólo él descubrirá o sólo él será capaz de generar.

Te miro. Me miras. Unos momentos de silencio, como si «pasara un ángel» cerca de las dos. Siendo pequeña alguien me contó que eso sucedía cuando en medio de una conversación muy intensa se producía un silencio no forzado, no tenso..., sino agradable... Y yo decidí creer en esa imagen tan inocente, pero que cargaba de significado algunas situaciones, y eso siempre me ha parecido mejor que despojar de poesía las circunstancias... Y en efecto, a nuestro lado pasan suaves las caricias de dos niños... Tú las reconoces, y yo también.

Creo, Cristina, y sé que tú, con la experiencia de los años vividos, sientes igual..., creo que ser madre, y también ser padre, es la máxima lección de amor. Porque es un amor que implica ser capaz de «ser» en el otro, «estar» en el otro... Un amor en el cual dejas de vivenciarlo todo únicamente a través de ti, y ocurre inevitablemente esa alquimia de la que llevamos toda la noche hablando, te sumerges en el otro..., y en los momentos necesarios percibes lo que este hijo, este otro que no eres tú, percibe, siente y necesita. La alquimia que siempre transforma una cosa en otra.

Creo que en cualquier momento, tal vez en veinte minutos o quizás un poco más, van a cerrar ese local que nos ha acogido durante tantas horas, y deseo que apuremos al máximo los instantes que tenemos por delante...

Hay algo en tu forma de ser, Cris, que me enseña cosas, percepciones inesperadas..., y me sorprende siempre ante tu aplomo y tu contundencia. Me pregunto cómo has forjado esa fuerza implacable dentro de ti. Me pregunto también cuánto de esa fuerza le habrás transmitido o enseñado a tu hijo.

Tú sonríes. Pero no es una sonrisa de felicidad, esta vez no. Es una sonrisa retroactiva, hacia dentro de tus recuerdos...

Enseñar. Aprender... Volver a aprender en cada instante y estar dispuesto a ello. Enseñar todo lo que sabes y aprender a enseñar una vez y otra... Para mí, ser madre es en gran parte eso. Estar siempre atenta a lo que realmente es, a lo que realmente ocurre ante tus ojos y también ante aquello que sólo puedes ver con la intuición y el deseo de ver como única guía. Un aprendizaje de a dos. Una enseñanza compartida.

Y en ese amor inmenso vuelve a haber sitio para todo. Para la humildad, la tolerancia, la comprensión, la elaboración permanente del amor en sí..., para el perdón.

«Quiero pedir perdón —dices tú—. Desde aquí, desde esta noche, desde estas páginas..., quiero pedir perdón a mi hijo. Le pido perdón por todo aquello con lo que le cargué y él no me había pedido... Él no me lo pidió, pero yo lo hice, no supe hacerlo de

otra forma, y por ello le pido perdón... Perdóname, hijo... Te pido perdón.»

Estoy segura, Cristina, de que él te ha escuchado, porque acabas de hablar con el pecho totalmente abierto y desarmado. Acabas de hablar como a mí más me gusta escucharte. Como una mujer valiente, que encuentra el valor de llorar, de mostrar, de pedir perdón.

Ese perdón que yo pedí anoche por haber dañado a alguien como sólo soy capaz de dañarme a mí. Ese perdón se suma al tuyo, y ojalá pueda aliviar, aunque tan sólo sea un poco, las heridas...

No lo voy a forzar..., si ocurre, ocurrirá...

Y a ti, Cristina, decirte que me encanta tenerte junto a mí durante un rato más..., que tú me tengas junto a ti durante un rato más..., que nuestra amistad se dibuje tan rápido, pero con la calidad de un boceto bien realizado, con todas las cualidades de un cuadro, pero todavía sin estar del todo definido, con espacio para imaginar los colores y los volúmenes, antes de verlos plasmados sobre el lienzo...

Nuestra amistad.

LA PÉRDIDA Y LA AMISTAD

Aquel día en el Giangrossi, Adriana, continuábamos hablando tú y yo, íbamos por el tercer helado de chocolate, el camarero nos miró y sonrió. Estoy segura de que ese hombre, que por cierto se parece a George Clooney, está pensando: «Estas dos mujeres esta noche lo van a pasar en grande, se están atiborrando a chocolate y su libido va a saltar por los aires...» Claro, ¿no sabías que el chocolate es un tremendo afrodisíaco? Después de tomarlo, al segundo, te sientes de fábula, nuestras feromonas se ponen contentísimas; pero, dime, ¿existe alguien sobre la Tierra que no muera por un trozo de chocolate negro? Que se disuelve en la boca lentamente..., hummmm. Es el paraíso.

Comenzamos a reírnos a carcajadas y George Clooney nos miró y enrojeció; sé que entendió lo que estaba pasando.

Oye, qué bien nos ha sentado este *standby* risueño, ¿no? Llevamos muchas horas, días compartiendo muchas emociones. Cris..., si te pido que me hables de la amistad y la pérdida... Pero tienes algo que irremediablemente, Adriana, me lleva al pasado cuando me preguntas.

Si en mi vida ha habido una constante, han sido las pérdidas. Me remonto a aquellos fatídicos dieciséis años, cuando la pérdida de mí misma me inundaba. ¿Puede haber mayor pérdida que te digan que tu vida será corta y enfermiza? Creo que no. Quizá la pérdida de alguien que quieres mucho puede ser igual o peor.

Ahí comencé el proceso de la pérdida y aún hoy no me ha abandonado. La diferencia entre el ayer y el hoy es el proceso que vives en el durante. Te paras, piensas y eliges procesar una pérdida sin que te destruya, sin que te transforme en peor persona de lo que eras antes de que ocurriera. Cuando perdemos a alguien que queremos, el proceso lo hacemos por nosotros mismos, nos duele tanto no volver a reír, a hablar, a tocar a esa persona que se había introducido en tu vida casi sin darte cuenta, que el dolor es infinito, y no lo ves. El dolor puede ser tan fuerte que lo evitas inconscientemente; no hablar de lo sucedido, te dices a ti misma que no pasa nada, que la vida sigue... Claro que la vida sigue, pero sin esa persona.

Ésa es la línea que podemos dibujar dejando que nuestra tristeza, nuestras lágrimas o nuestra rabia salgan, y nos abandonamos por un momento a esas emociones para luego recomponernos de nuevo, aceptando la pérdida.

Cuando decidimos no aceptar nuestro dolor nos hacemos un inmenso daño. Sólo

cuando lo admitimos y lo reconocemos puede comenzar el proceso que nos lleva a curarnos de esa pérdida. Es la herida abierta que nunca se cierra, y poco a poco se instala en nosotros el rencor, el enfado y la frustración. Y si continuamos evitándolo aparece el conflicto y nosotros no nos damos cuenta, son los demás los que nos advierten: ¿qué te ocurre?, ¿estás enfadada?, ¿no te sientes bien?, ¿atraviesas una mala racha? Y tú siempre contestas: «¡No, estoy bien! ¡No me pasa nada!» Y sí pasa, claro que pasa.

La primera vez que me escuché diciendo esas palabras me paré en seco y sentí mi dolor. Recuerdo que acababa de morir Jaime, el amor de mi vida. Un hombre con el que viví una historia de amor profunda y sincera, que me trasladó durante quince años a ese lugar perfecto, lleno de sensaciones, de donde no quieres salir nunca.

Llevaba años alejada de él. A veces, cuando eres joven, no ves los errores que cometes. Recuerdo que un día llovía a mares y yo iba andando por la calle sin sentir la lluvia que me empapaba; me había inyectado tanta anestesia emocional, tenía tanto miedo a sufrir entonces, que no llegué a sentir cómo la lluvia caía sobre mí.

Yo lo hice, rompí con Jaime. «¿Por qué, Cris?», me detuviste. No lo sé; no es verdad, ahora sí lo sé, aunque me costó muchos años averiguarlo, pero explicarte esto sería otro libro, algún día...

Ahora, cuando al fin aceptas tu dolor, comienza el proceso de sanar la herida. Un buen día, poco a poco, vas sintiéndote mejor. Esa página del pasado ya la estás pasando, y cuando es definitivo, la sensación es que tu cuerpo y tu alma pierden volumen y vas más ligera por la vida que antes. Los sentimientos están en ti y para siempre. ¿Cómo voy a olvidar quince años de emociones, sensaciones? Ni lo quiero ni lo intento. Ahora soy la suma y resta de un proceso que ha durado casi sesenta años. Cada minuto vivido en ese tiempo es único e importante. Lo que desaparece es el dolor y el sufrimiento. Dos emociones que se asemejan a una moneda; lo mejor, que nos ayudan a crecer y a ser mejores día a día.

Me dejas decirte que te acojas a tu melancolía, si es que estás en ella. No pasa nada, créeme, si los demás lo descubren; abandónate para después cerrar esa herida y sigue adelante con tu vida. Podemos sentir una pérdida por muchas cosas: por desamor, por traición, por desencuentro, por muerte, pero para mí todas las pérdidas se procesan igual. Aceptando el amor que llevas dentro y reforzándote en el afecto y en la amistad. ¡Qué hubiera sido de mí sin mis amigos! La amistad es amor sin sexo.

Soy una mujer independiente con una personalidad muy marcada. He luchado desde aquellos dieciséis años para sobrevivir día a día. He vivido mucho, inmensamente. He recorrido el mundo en busca de mí misma. He amado mucho y también me han amado. He disfrutado de la maternidad. El desencuentro y la soledad han sido fuentes

importantes de épocas difíciles y dolorosas. Y lo que es mejor, no han podido conmigo. La amistad ha tenido mucho que ver en ese proceso que estoy compartiendo contigo.

Recuerdo a José, mi primer novio con catorce años, hoy los dos tenemos sesenta y seguimos siendo cercanos y amigos. Él hizo su vida y yo la mía, pero nunca se rompió ese fuerte lazo invisible del cariño.

A Elisa, mi amiga del alma. Cuántas tardes de cines, de confesiones y de risas y cuántas Navidades, domingos, me has hecho sentir que era una más de tu gran familia.

A Maribel... Qué adolescencia tan divertida vivimos tú y yo, ¿verdad? Nos hicimos mujeres juntas, siendo cómplices de todo en aquella época.

A Martine, si no hubieras visitado San Francisco, lo que nos habríamos perdido al no encontrarnos hace ya veinticinco años, ¿verdad? Hace unos meses, cuando decidimos que no pasarían más días sin vernos de nuevo, cogiste el avión de París y te recogí en Chamartín. Qué días tan bonitos, tan llenos, tan nocturnos de noches en blanco compartiendo veinticinco años de nuestra vida.

A Jaime y a Concha, mi otra gran amiga del alma. Habéis conseguido que acepte un poco más la muerte, aceptando el amor que siento por vosotros y sintiendo a través de ese proceso difícil y duro que sufrí para superar vuestras pérdidas.

A Carmen... ¿Recuerdas qué juventud vivimos ambas tan divertida y especial? Compartimos durante años esa casa de López de Hoyos diferente a todas las que existían en aquel momento, donde lo importante se convertía en sentarnos junto a la chimenea, creando día a día el rito sagrado del té, serenamente, tomándonos nuestro tiempo y así se fueron uniendo nuestras lágrimas, risas, desasosiegos. Hablábamos internamente de nuestros amores y deseos; ¿recuerdas las famosas cenas donde reuníamos un grupo de amigos imposibles de compatibilizar en la vida diaria pero que por una noche todos nos sentíamos tan cercanos?, ¿recuerdas, amiga?

A Paloma, eres la más joven, al menos en el tiempo en que llegaste a mi vida, pero te siento tan cerca como si todo este espacio lo hubiéramos compartido siempre. Brian Weiss hizo que nos encontrásemos, y nosotras pusimos el resto, amiga de presente y de futuro infinito.

Cuando mi madre murió me desgarré por dentro, recuerdo que mi llanto en el hospital no era humano, era el grito de un animal que ruge y te mueve las entrañas. Durante meses sentí una soledad infinita y muy dolorosa, los pilares de mi vida se derrumbaban, pero resistí dejándome cobijar por la melancolía y la nada.

Y tú y yo, Adriana, hace dos años todavía no nos habíamos hecho un hueco en nuestras vidas. De pronto un día apareciste y ya te quedaste conmigo. *Voces de mujer* no

existiría si no hubiera surgido la magia entre tú y yo, y aquí estamos compartiendo algo tan íntimo como son nuestras vísceras de mujer entre susurros y complicidad.

Y termino con una carta que escribí a una amiga, a Gloria, hace mucho tiempo, y nunca se la envié, pues nunca supe adónde hacerlo...

Querida Gloria:

¿Cómo estarás? Hoy quiero compartir contigo un sentimiento valioso, enorme, una sensación que no puedo describir con una sola palabra. Una emoción que me embarga cada vez que me sumerjo en ella. La vida. ¿Recuerdas la cantidad de veces que hablábamos en París sobre este tema?

La vida a veces nos parece complicada, como si al andar el camino diario tuviéramos que escalar montañas de nieve que nos impidiera entrar en calor. Pero amiga, aunque alguna vez la soledad te hiele la piel, aunque lo único que percibas de frente sea un vacío tremendo y una profunda tristeza, has de saber que es muy humano sentirse así; aunque no me creas, en toda esa oscuridad también existe la luz y la belleza de la vida, y que, si tú quieres, puedes sentirla.

Somos muchos millones de personas los que habitamos este planeta, hablamos diferentes lenguas y nuestra educación y nuestras costumbres son distintas, pero existe un hilo conductor que nos une a todos los seres humanos, y es la capacidad de bucear en nuestro interior para conocer nuestros sentimientos, para disfrutar de los pequeños detalles de la vida, para sentirnos orgullosos de nuestras pequeñas hazañas y, en definitiva, para sentirnos cada vez más personas. Nos encontramos a nosotros mismos en el calor de la ternura, de la generosidad y de la complicidad; no es imprescindible coleccionar cosas para sentirse viva, no hace falta que todo vaya de «perlas» para estar bien. No pasa nada si estás atravesando un momento de confusión o vacío, créeme, no se acaba el mundo. ¿Sabes por qué? Porque sigues viva, porque la vida misma es lo más importante que tendrás nunca, porque nada ni nadie puede quitarte la capacidad de emocionarte. La sensibilidad cuando disfrutas de un atardecer, la ternura para dar una sonrisa cuando te cruzas a alguien por la calle. Puedo seguir diciéndote cuando, cuando, cuando infinitamente, porque toda esa amalgama de sensaciones eres tú misma.

Te darás cuenta de que aunque llores, respiras; aunque sientas la desesperanza, tu mente ya está maquinando una estrategia de supervivencia. Te darás cuenta de que, pase lo que pase, sigues viva, y ése es el mayor milagro, la mejor razón para sonreír. Detrás del roce de la piel, detrás de la luz que te entra por los ojos, detrás de la luna que mece la noche y detrás de tus sueños, está la vida.

Nunca estás sola, el mundo se mueve a tu alrededor. Basta con que no

desaproveches ninguna mano extendida para seguirle los pasos. Tu amistad, lo sabes, fue mi aliento en aquella tierra ajena. Ahora yo aspiro a que este alegato a la vida que te propongo sea tu fuerza para caminar dondequiera que estés.

Un abrazo, Gloria. Hasta siempre.

LA AMISTAD Y LA PÉRDIDA

Cristina... Pienso en la noción que cada uno tiene de la pérdida, de lo que la pérdida se lleva de nosotros y de lo que trae cuando se instala...

La pérdida puede ser enorme, demoledora... o puede ser una pérdida pequeña, momentánea, tan sólo la de una sensación o de un pensamiento que de repente se pierde. Pensar en la pérdida me vuelve a recordar las emociones que Patricia, Nuria y Ana han transitado para alcanzar el otro lado. La pérdida me recuerda al dolor, al odio, al desencuentro, al miedo, a la desesperación, al olvido... Pero también trae de la mano consigo a la memoria y a la incapacidad de olvidar aquello que sientes haber perdido..., trae consigo al amor y a la ternura por aquello o por aquellos que no quieres perder jamás. También pensar en la pérdida me hace acordarme de la fe. La fe en recuperar lo perdido, la fe en no perder lo hallado, la fe en permanecer llena de fe en los momentos de pérdida o de absoluta soledad.

Yo no estoy sola, Cristina, aunque la soledad tampoco me asustaría, porque la sensación de plenitud no depende de lo acompañado que uno está, sino de cómo se siente de acompañado uno... Y aunque suene un poco extraño, Cris, creo que tú lo entenderás, yo siempre me siento acompañada. Sí. Como si siempre hubiese conmigo alguien que me observa muy de cerca y que me sostiene en los momentos más catárticos, y también me da siempre un soplo de amor o de calor o de ánimo, cuando mi alma gime, cuando mi cuerpo duele, cuando mi pensamiento se desvía y mis deseos se confunden. No, no estoy sola, aun estándolo, Cristina...

Y cuántos amigos he disfrutado hasta ahora, cuántos aparecerán todavía, como tú. Como tú, que parece que te quedas, que parece que no te irás. Como no se han ido jamás, ni se irán de mi historia, aunque no las vuelva a ver, algunas personas con las que aprendí a vivir, a soñar, a querer, a perder... Tan sólo diré el nombre de una mujer que, para mí, aparte de amiga, es un ejemplo de humanidad. Mari Ángeles... Sí, Mari Ángeles, que seguramente no se creería esto que estoy diciendo, pero que ha de saber que con el tiempo y con la posibilidad que su transcurrir me ha brindado para poder observar y conocer a muchas personas, hombres y mujeres, he redescubierto y vuelto a sentir el valor de lo que ella hacía a cada minuto.

Mari Ángeles vivía en la calle. Era indigente y dormía arropada por unas cajas de cartón, mientras se abrazaba con fuerza a su marido, y en invierno metía los pies debajo de los cuerpos calientes de los perros a los que cuidaba.

Mari Ángeles tenía unos enormes ojos azules y una sonrisa abierta y sensual, pese a que poco a poco le iban faltando dientes... Su voz era quebrada e infantil. Ella no era retrasada por enfermedad, sino por haber sido una niña maltratada y abandonada, no había sabido crecer, o no quería crecer del todo para poder atravesar la hostilidad de lo que la rodeaba sin perder la inocencia y la fe. Rebosaba fe e ilusión siempre, a pesar de no ocultar su tristeza. Pese a que le habían quitado a sus dos hijos, Mari Ángeles seguía haciendo un plan nuevo cada día para recuperarlos, para poder darles, como ella decía, «una cama donde poder dormir muy, muy apretujados los cuatro y darnos mucho amor...». Nunca se me olvidará esa manera suya de decir «mucho», le salían estrellas de los ojos al imaginarse acariciando a sus dos niños: un niño y una niña.

Mari Ángeles siempre sostuvo la dignidad y la capacidad de transitar por el dolor. Ella jamás se rindió y jamás se identificó con sus circunstancias... Simplemente confiaba y luchaba a cada segundo por cambiar su destino. Y se atrevía a lanzarse a por las cosas que deseaba.

Nunca la recuerdo pidiendo dinero o comida. Al revés, siempre buscaba cosas para regalar o para hacer sonreír... Sobre todo a los niños, con los que se dejaba el corazón... Creo que mi hijo también se acordará de ella siempre, porque hubo tantas horas en las cuales Mari Ángeles hacía felices a los niños del parque, con su dulzura, con sus juegos, con sus globos, que en vez de vender regalaba a puñados. «Las espadas mágicas» con las que los niños embestían el aire y chillaban de júbilo. Mari Ángeles de repente se quedaba inmóvil, callada, y se acordaba de sus niños... Yo entonces la miraba y ella se daba cuenta, y como en un trato sin apalabrar, se acercaba y se abrazaba a mí y me decía que me quería «mucho, mucho...». Así, sin más. Y era cierto y era hermoso. Cuántas personas con las que compartimos tanto y todo no son capaces de decirnos que nos quieren, cuántas personas racanean su amor, su cariño, sus caricias... Y yo me pregunto, ¿por qué...? Y no sé responderme, Cristina, no encuentro respuesta a ello.

Mari Ángeles era mi amiga. Fue, además, la única que cuando apareció la enfermedad me aceptó. Sí, puede parecer absurdo, pero muchos de mis «grandes amigos» no pudieron ver o soportar a aquella Adriana que de golpe había sido madre y a la vez se había convertido en un bicho extraño y retorcido de dolor. Muchos o casi todos se alejaron en los momentos más duros, como si yo, el juguete favorito, les hubiese fallado, convirtiéndome en un estropajo.

Sí, la única que cuando a las dos de la madrugada yo bajaba a respirar al parque y a que mi bebé no me viera desfigurada del dolor y del llanto y a que mi marido, tan joven él, pudiera descansar algo, la única que me intuía desde su propio dolor y me buscaba y de repente aparecía detrás de mí en el columpio era ella, Mari Ángeles... Mi pequeña

amiga herida... Y las dos nos columpiábamos muy despacio, a las tantas de la noche, dejando que el aire nos secara las lágrimas... «Te quiero mucho, mucho...», decía ella. «Y yo te quiero, Mari Ángeles...», decía yo.

Y nos contábamos la vida soñada... Ella me describía la casa que iba a tener para sus hijos cuando pudiera recuperarlos, y yo le hablaba de mi deseo de vivir pese a todo, de volver a actuar, de escribir, de poder comer, correr, bañarme bajo el sol... Sin dolor. Tan sólo sin dolor...

«Cuando te cures... y hagas mu... chas películas, yo iré a visitarte con mis hijos y diré que eres mi amiga...», decía Mari Ángeles, y se me quedaba mirando para ver si mis ojos habían dejado de llorar...

Y yo le decía: «Cuando me cure o esté aunque sea un poco mejor, te ayudaré a recuperar a tus hijos.»

«¿Haremos una película?», decía ella...

Y en cierto modo así lo hicimos; tres años después, cuando yo estaba mejor, cumplí mi promesa y dirigí un cortometraje por y para Mari Ángeles... En él ella abría su vida y su corazón al espectador, contaba su historia, sus pensamientos y sus anhelos..., mostraba su cotidianidad, pero dejaba totalmente reflejado lo poco cotidiana y lo poco corriente que ella era. Sus palabras, lejos de sonar como las palabras dichas por alguien como la quería retratar la sociedad que le arrebató a sus hijos, sonaban certeras, inteligentes, amorosas y llenas de coherencia...

Cuando Mari Ángeles se vio en la película, y se escuchó pronunciando con firmeza lo que quería y cómo lo quería..., cuando se vio retratada a través de los ojos de alguien que la quería, cuando vio su rostro y su claridad... Cuando vio que ella era ella, y no la sombra de aquellos a los que no convenía: su padre que la maltrató y abandonó, las instituciones que no la cuidaron ni educaron, la sanidad que al encontrarla en la calle prefirió diagnosticarle un retraso ligero permanente para declararla incapacitada para cuidar a sus hijos y arrebatárselos, pero que tal y como ella dijo: «Si soy retrasada para que me quiten a mis hijos, ¿por qué..., por qué no lo soy para recibir alguna ayuda y no seguir en la calle...?»

Entonces Mari Ángeles vio y comprendió que el límite estaba puesto por su propio dolor y estupor, y se dio cuenta de su capacidad de elegir y de decidir... Y lloró mucho..., pero se desprendió de algún modo alquímico, Cristina, de su prisión, y fue a por su sueño sin esperar más justicia del lugar del que nunca iba a llegar, sin esperar que alguien viniera y la transformara en princesa. Simplemente con un espejo puesto delante de ella, un espejo puesto por alguien que la quería y la sigue queriendo, ella se miró y vio que no

le hacía falta convertirse en princesa, que ya lo era...

Y nunca volví a verla... Sencillamente, a los cinco meses, el que había sido su marido y compañero de aceras húmedas me encontró y me contó que Mari Ángeles me mandaba «muchos, mu... chos» besos, y que estaba viviendo en Barcelona, en un pequeño piso con un chico que la trataba como a una princesa, que habían conseguido recuperar a uno de los niños, al pequeño, a Jonathan y que esperaban un bebé, otro niño, que se iba a llamar Gabriel...

Yo sonreí y seguí caminando... Gabriel, cómo no... Justo la semana anterior yo había acabado el argumento para un largometraje titulado *Ángeles*, cuyo protagonista se llamaba Gabriel... Mi pequeña amiga herida, que ahora era «princesa», seguía intuyéndome y columpiándose suavemente a mi lado... ¡Gracias!

¿Eso es la amistad?

Dos palabras...

«Te quiero.»

«Y yo te quiero... mucho, mucho.»

Agradecimientos

Quiero decir, y debo, que siempre he querido inmensamente a mis padres... Que han sido y son unas maravillosas personas. Que han sido y son los mejores padres que podría y puedo tener... Que de sobra sé que siempre han hecho todo considerando que hacían lo mejor, y que las situaciones tan extremadamente duras que he vivido de niña y de adolescente, lo han sido para ellos también. Por último, decirles que cuando el amor está presente, como ha estado y está, todo tiene posibilidad de cambio y transformación.

También quiero agradecer el ejemplo de fuerza, de amor, de entrega, de amistad, de creatividad, de honestidad y de felicidad que para mí han sido y son muchas mujeres y muchos hombres que con su visión clara, con su verdad y con su comprensión particular del mundo, día a día abren puertas entre el cielo y la tierra, creando para nosotros maravillosas posibilidades de poder subir o bajar cada vez que sea preciso.

Quiero agradecer a Cristina su infinita intuición.

A vosotras, que fuisteis tan generosas y tan decididas... Patricia, Nuria, Ana... Gracias por vuestra voz.

Gracias a mi marido por el amor.

A mi hijo, gracias por la esperanza.

Gracias a mi hermana por ser la mujer que es y por no dejarme nunca sola en el silencio.

Y gracias al silencio, que me ha ensañado el valor de la voz.

Adriana Davidova

Agradecimientos

Ana, Patricia y Nuria: llegasteis a mi vida en un momento difícil de la vuestra, me siento muy agradecida por la confianza que me entregasteis y respeto inmensamente vuestra valentía al desnudar vuestra alma en *Voces de mujer*. Hicimos un recorrido difícil, largo y de mucho trabajo; creo que ha merecido la pena.

Gracias a las tres por compartir conmigo vuestra alegría, vuestra madurez y vuestras ganas de vivir.

A mis padres, que ya no están conmigo, les agradezco todo lo que me enseñaron y lo que me dieron. Gracias a ellos puedo seguir disfrutando del milagro de la vida.

A mi hijo Borja, para que cuando leas *Voces de mujer* reconozcas en mí el amor, la esperanza y la lucha.

A vosotros, los que os cruzasteis un día en mi vida y os quedasteis. Unos, un minuto; otros, toda la eternidad. Gracias a que vivimos esos instantes juntos, hoy es posible *Voces de mujer*. Gracias.

Cristina Yela

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Contenido	4
INTRODUCCIÓN	5
LA POSIBILIDAD DE LO SOÑADO	7
DOS VOCES QUE CONVERGEN	13
EL ENCUENTRO	17
LA MEMORIA Y EL OLVIDO	19
EL OLVIDO Y LA MEMORIA	30
EL MIEDO Y LA CONFIANZA	34
LA DESESPERACIÓN Y LA FE	42
EL ODIO Y EL AMOR	50
EL AMOR Y EL ODIO	55
EL DESEO Y LA ENVIDIA	63
ENTRE TÚ Y YO	66
LA PÉRDIDA Y LA AMISTAD	71
LA AMISTAD Y LA PÉRDIDA	76
Agradecimientos de Adriana Davidova	80
Agradecimientos de Cristina Yela	81